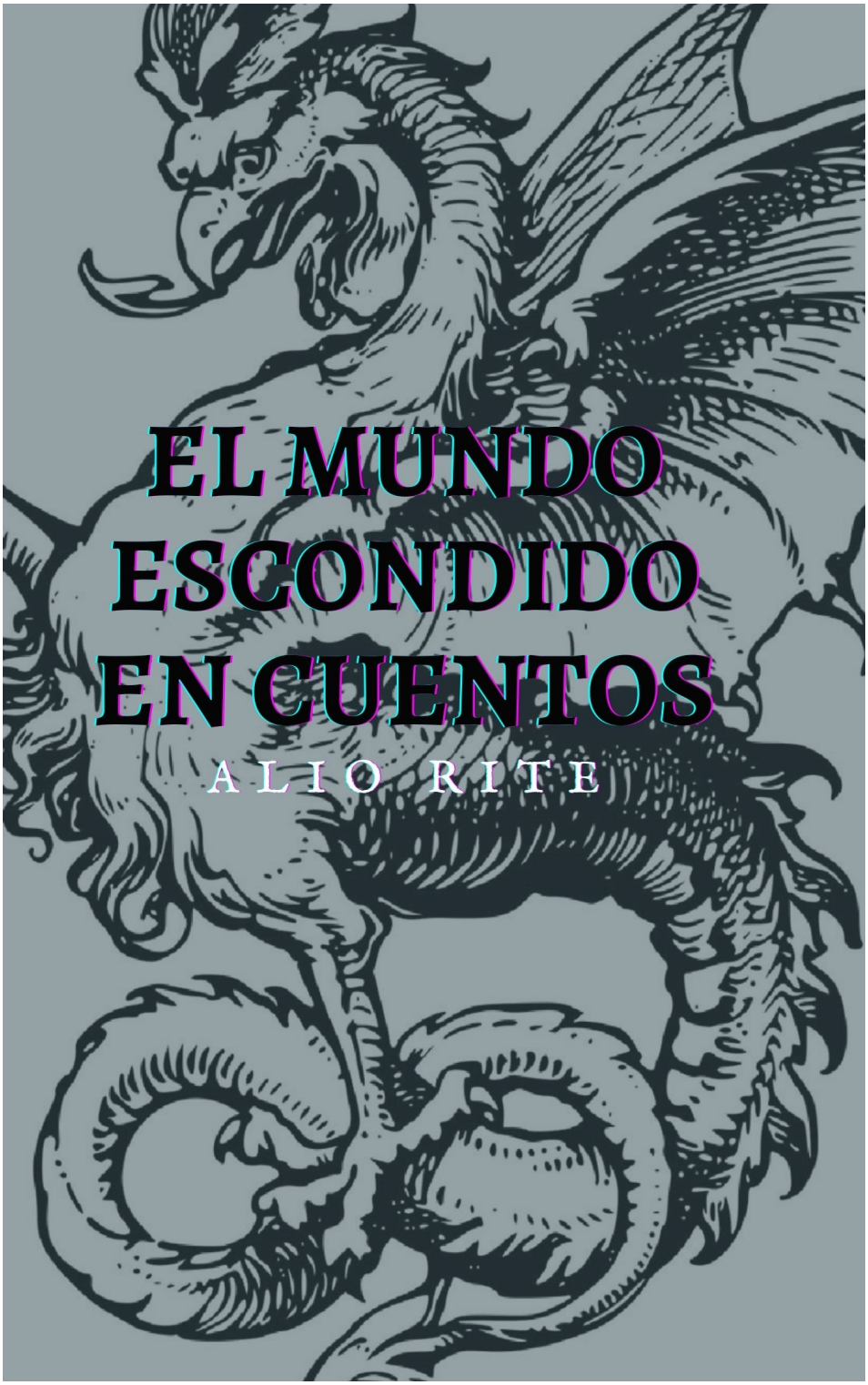
El "Mundo Escondido" en Cuentos

Alio Rite



Capítulo 1

A la Caza del Robamanchas

"Y las viejas cuchicheaban con cualquiera que pudiera oírlas acerca del joven Marcus Van Zuits y su afición por los gusanos"

Marcus Van Zuits había recibido recientemente una carta bien sellada que ocultaba alarmantes noticias de Londres: su adorada amiga de la infancia, la señorita Charlotte Bocelli, había fallecido recientemente en extrañas circunstancias. Dado que la misiva no entraba en detalles, el joven se vio obligado a salir de su cómodo departamento en York y viajar a Londres, motivado en gran parte por el incondicional afecto hacia la joven, con el único afán de expresarle su más sentido pésame a los familiares y poder contemplarla una vez más.

En cuanto llegó, grande fue su sorpresa al encontrarse con la difunta y las causas de su antinatural muerte, pues todavía estaba caliente a pesar de que habían transcurrido un par de días. Sin embargo, más extraño aún era el hecho de que sus mejillas, aún rosadas, habían perdido todo rastro de las pecas que las adornaban, o incluso más insólito ¿dónde estaban las manchas de su costoso abrigo de piel de leopardo?, ¿o las luces doradas de su cuadro de van Gogh entre otras muchas pertenencias que solían tenerlas?

—De seguro la embrujaron —decía el sacerdote a toda persona que preguntaba las razones de su deceso.

No obstante, Marcus Van Zuits se negaba a creer que algo así podía ser obra de una persona. Malhumorado, salió a la calle, murmurando que ojalá un trago de whisky lo ayudase a encontrar las respuestas. Lo decía de manera irónica, claro está, pero una vez en el bar no pudo evitar escuchar la conversación que tenían un grupo de ancianas, que muy animadas hablaban de su querida amiga.

—Qué pena que me da el asunto de miss Charlotte —decía una.

—Me pregunto qué sucederá con su sensible padre —se lamentaba otra.

—Pobre hombre. Imagínese, seguir con vida después de que su propia hija muriese…

—¿Cuándo es que la entierran? —preguntó una tercera.

—Pues creo que…

—Locos estarán si la entierran —interrumpió una cuarta anciana, la más vieja de todas—. Miss Charlotte aún vive.

Estas últimas palabras hicieron saltar al joven Van Zuits de la barra y correr a encarar a las viejas, quienes lo miraron imperturbables.

—¿Es cierto que no está muerta? ¡Dígame!, ¿cómo es eso posible?

—Miss Charlotte ha sufrido un incidente de lo más peculiar, querido —dijo la anciana, arqueando su meñique al dar un sorbo de té—. Fue vilmente asaltada por el Robamanchas. Aunque encuentro extraño que esté dormida por su causa.

—Si no está muerta, debe tener una cura para su letargo. ¿A caso usted sabe lo que debo hacer?

—Verás, querido —la anciana bajó la voz—. Debes ir a la guarida del Robamanchas y recuperar las manchas que le fueron hurtadas a miss Charlotte.

—¿Cómo?

—Te dirigirás al Big Ben, hasta la cámara del reloj y tomarás el halcón de las doce, hasta bajar en la parada de Whitecloud Village, no lo olvides. Una vez allí debes buscar la mansión de Sir Raso. Ese caballero te explicará cómo llegar al Robamanchas. Debes darte prisa, o la enterrarán al amanecer.

A pesar de que al joven Marcus, las palabras de la anciana le parecieron las más disparatadas que había oído en su vida, tomó rápidamente un carruaje hasta el Big Ben, ¿Qué otra cosa podía hacer? A él no le gustaba quedarse sentado y esperar. Subió las escaleras presuroso, hasta llegar a la sala del reloj, la cual, sorprendentemente, se encontraba abierta. Faltaban dos minutos para las doce.

Allí, junto a los enormes engranajes hacían cola un par de estrafalarios caballeros; un porcino con boina y chaleco ajustado, y a su lado una rana bien parecida, de verde chillón, vestido de levita y sombrero de copa. Definitivamente, esa sería la noche más extraña en la vida del joven Marcus.

—Muy buenas noches —saludaron los dos caballeros con una elegante reverencia—. Somos los hermanos Cartwright. No se ven muchos como “usted” por aquí, cuéntenos ¿A dónde se dirige? Míster… Ehm…

—Marcus… Marcus Van Zuits —contestó el joven—. Voy a visitar a Sir Raso en Whitecloud Village.

—Oh vaya, menudo personaje —habló la rana volviendo a reverenciarlo—. Debe ser usted de alcurnia.

El joven Marcus quiso contestar, pero el porcino habló primero.

—¿Ya tiene usted boleto, míster Van Zuits? —al ver la cara de sorpresa del joven añadió—. Si no lo tiene, apresúrese a comprar uno, o perderá el halcón de las doce.

—Se lo agradezco, caballero. Iré a adquirirlo enseguida —contestó Marcus, corriendo hacia la boletería, en donde se encontró con un señor caracol, sin prenda alguna—. Disculpe usted —(Marcus prefirió omitir las palabras "buen hombre", porsiacaso)—, necesito un boleto para el halcón de las doce.

—¿Para niño o adulto? —Preguntó el caracol con parsimonia—. Si es para usted, le sugiero que compre ambos.

—Pero, ¡¿Por qué dos boletos, señor mío?!

—Lo siento mucho. Reglas del establecimiento.

—Bien, bien. ¡Deme ambos! —lo apuró Van Zuits.

—Son tres lágrimas, por favor —el caracol le extendió un frasquito.

Mientras el joven Marcus se preguntaba como rayos hace uno para pagar tres lágrimas, sintió como tres saladas gotas se deslizaban por sus mejillas y caían en el frasco del caracol, quien enseguida le entregó un par de babosos boletos. Marcus los tomó y volvió a la fila, justo cuando un enorme halcón de alas plateadas se posaba en uno de los engranajes.

—¡Todos a bordo! —manifestó el halcón con un silbido, mientras los pasajeros trepaban a su lomo suave y cálido, aferrándose de las plumas—. Favor de sujetarse fuerte, en caso de caída, no hay devoluciones. ¡Primera parada, Bristol!

Marcus no supo cómo, pero de un instante a otro, se encontró fuera del enorme reloj, sobrevolando Londres a lomos de la gigantesca ave, en compañía de un porcino y una rana, apreciando la luminosa ciudad mientras subía cada vez más alto, dejando atrás el brillo y el ajetreo de la metrópolis, para apreciar luego como su cuerpo flotaba por las campiñas, sobre el suave plumaje.

No había nadie que desembarcara en Bristol, así que el gran halcón se limitó a pasar de largo y anunciar la siguiente parada; Paradise City, la cual alcanzaron en una media hora más de vuelo. Fue allí en donde desembarcaron los curiosos hermanos Cartwright, despidiéndose entre copiosas reverencias y agitando sus sombreros. El halcón anunció la tercera y última parada; Whitecloud Village, el desconocido destino de Marcus.

El resto del camino, Van Zuits intentó por todos los medios mantenerse despierto dada su latente preocupación por bajar en el lugar correcto, pero el suave bamboleo del ave y la fresca sensación del viento nocturno en su rostro, lo llevaron a caer en las garras del sueño. Al despertar, notó que se encontraba tendido en la banca de un parque, rodeado de casas asentadas en el cielo, y un caminito de nubes que subía a una pequeña colina nublada, al igual que todo el pintoresco lugar. Al inicio del camino, se levantaba un cartel que decía con clarísima letra manuscrita: "Residencia de Sir Raso. Prohibidas las visitas con previo aviso". Esto alegró mucho al joven Van Zuits, quien a largas zancadas subió la colina, para encontrar en la cima una enorme mansión, totalmente blanca como la niebla. De un salto, atravesó el portón que daba un jardín de tierra nívea, subiendo tres escaleras hasta la puerta principal. Junto a esta colgaba una cadena pegada a un papel arrugado que ponía; "HALAR".

Marcus no se hizo esperar, y tiró dos veces de la cadena mientras dentro se escuchaba el sonido de un timbre. Los moradores de la gigantesca vivienda no tardaron mucho en hacer presencia. Pronto, la puerta cedió el paso a un diminuto ser antropomorfo, completamente negro y lampiño como una limpia pepa de guanábana, de amplios pies, quien, sin decir palabra, tiró de la manga del joven Van Zuits, haciéndolo pasar.

Una vez dentro, descubrió que la enorme mansión no era más que un solo cuarto, repleto de estantes y estantes de libros de toda índole que llegaban hasta el techo, y un sinfín de escaleras para alcanzarlos todos. Además, en el centro, había un enorme escritorio igual de blanco que su usuario, quien, en ese momento, les daba la espalda sentado en un sillón color leche deslactosada.

El enano trepó por una escalera, hasta estar a la altura de la peluda oreja de su amo, diciéndole algunas palabras, las cuales Marcus no alcanzó a oír. Fue cuando la criatura volteó hacia ellos, aunque el joven ya había visto demasiado como para sorprenderse con su presencia. Un enorme lobo blanco, vestido de impecable frac, le dedicó una perlada sonrisa y le preguntó levantando una ceja. Con toda esa apariencia quedaba bien claro que se trataba de Sir Raso.

—¿Con quién tengo el gusto?

—Mi nombre es Marcus Van Zuits —contestó el joven, y rápidamente añadió—. Le suplico señor, me diga cómo llegar al Robamanchas.

—Mmmm… —dijo pensativo el lobo, rascándose la cabeza—. El viejo y confiado "Rob". Haciendo de las suyas de nuevo ¿verdad? Es un buen amigo mío en realidad —aseguró.

—Pues entonces dígame como encontrarlo. Sepa que una muy querida amiga se muere por su culpa.

—Bueno, bueno. Si es por un amigo, puedo ayudarte —dijo el lobo, chasqueando la lengua y sacando un libro de debajo del escritorio—. Debes ir a donde muere el viento.

—Pero. ¡No sé cómo llegar allí! —protestó Van Zuits, creyendo que le tomaban el pelo.

Sir Raso soltó una carcajada y contestó:

—Es tan simple como decir; "Why was the little whale whistling when it swam in the wonderful warm water" —el lobo lo pronunció con sorprendente soltura—. Solo debes ir a casa del viento y cggg… —Sir Raso se pasó una garra por el gaznate.

—¿Matar? ¿Eso es a lo que se refiere? —preguntó confundido el joven Van Zuits.

—¡Oh, mira la hora! Te invitaría al té, pero ya debes irte o no llegarás a tiempo —contestó el lobo blanco dejando a Marcus en la duda—. Mi mayordomo te acompañará a la puerta.

—¡Pero, Sir Raso! Debo saber…

—Ahorita no, joven. Es hora de que te vallas, el amanecer se acerca —lo interrumpió—. Y entonces la enterrarán.

Marcus quiso insistir, pero el hombrecillo tenía mucha más fuerza de lo que aparentaba, y con facilidad sacó al joven de la lujosa mansión, dejándolo junto al portón, solo y confundido en el desolado pueblo de Whitecloud Village.

Marcus no se iba a quedar de brazos cruzados, llegó hasta el otro extremo de la nublada colina, donde encontró, aliviado, un puesto de boletos. Esa escena se le hizo extremadamente familiar; caminó decidido hacia la caseta e hizo sonar el timbre. Lo recibió un gato arlequín portando una trompeta.

—¿A dónde? —preguntó el felino malhumorado, e hizo sonar su instrumento.

—Ehm… este… a la casa del viento… creo —dudó el joven Van Zuits.

—Pues bien. ¿Cree o no? —el gato se cruzó de patas.

—Ehm, pues, dígame usted, ¿le parece o no? —le contestó Marcus imitando la postura del gato.

—El gusano llega en media hora. Son siete botones —dijo el gato extendiendo su pata.

Sin pensarlo dos veces, Marcus le entregó su camisa.

—Guarde el cambio —le dijo al gato mientras recibía el boleto y corría apresurado hacia la parada, que tenía una línea amarilla en el suelo con la frase; "CUIDADO CON LOS DIENTES".

Mientras Van Zuits se mantenía muy atento a no cruzar el límite del suelo, alguien tocó su hombro; el joven volteó y vio frente a él a un bufón con las mejillas coloradas y la frente llena de sudor, que lo invitaba a unirse a una singular carrera junto a un pato silvestre, quien, con violín en el ala, corría al compás de una canción rasposa. Van Zuits no pudo negarse, y pasó corriendo toda la media hora junto al bufón y al pato, dando vueltas y vueltas alrededor de la estación, hasta que el arco del violín casi había quedado sin cerdas. Sin embargo, el pato graznaba la canción a todo pulmón, y el bufón, agarrado al brazo de Marcus le hacía los coros. La repitieron tanto que el joven también se la grabó y cantó hasta quedar afónico:

"Canta, salta, vuela y baila

Te voy a asar en una paila

Con mi prima la tarántula

¡Aplastada con mi espátula!

Estudia, practica deporte y trabaja

A ver si la panza se te baja

Caerás en una zanja

¡Y aplastaras una naranja!

Come, reza, ama, bala

Como ese borrego en mi sala

Mientras rompo con mi pala

¡Tú fea cabeza rala!

Has todo esto a tus anchas

Corretea todas las canchas

Si lo que digo escucharas

¡Es hora de cazar al Robamanchas!"

Sudando y con un enorme ardor en la garganta acabó Van Zuits luego de semejante cantaleta, cuando llegó el "gusano", que era simplemente una de las maneras en la que los habitantes de Whitecloud Village denominaban a los dragones sin patas, con aspecto de serpiente, que volaban con el poder de su intelecto. Van Zuits, dejó al pato y al bufón sumidos en su canción y trepó a lomos de su nuevo transporte.

—¿A dónde va? Míster Van Zuits —preguntó el dragón. Marcus no se dio cuenta de que el animal sabía su nombre. Lo había dicho tantas veces que parecía que todo el mundo lo conocía.

—Me dirijo a donde muere el viento… ¿míster?

—Centellufux. El indómito —respondió el dragón, orgulloso—. Vengo de un noble linaje de dragones. Resulta que soy el último de mi estirpe. Soy muy amigo del Chupacabras, y a las siete tengo una urgente ceremonia de té, así que esto debe ser rápido —luego añadió—. Es un buen tipo, ¿sabe?, gusta de cuatro terrones de azúcar en vez de tres, como si de un equino se tratase…

Al igual que todos los acontecimientos de aquella noche, Marcus no fue capaz de notar el momento en que subió a lomos del dragón. Su voz profunda y educada adormecía los sentidos, su conocimiento de varios campos de la ciencia y sociología eran los que lo permitían volar. Eso es, era un dragón tan inteligente que volaba al hablar. Tocaba todos los temas imaginables acerca de la buena amistad que lleva un gusano con el

Chupacabras, y sus consecuencias según los astros, lo que pensaban otros eruditos de su talla y la etimología de las palabras que relacionaban a bestias de variados entornos, aunado a sus doctrinas sociopolíticas.

El camino fue largo, más por el abanico de palabras rebuscadas que el dragón poseía que por la distancia entre Whitecloud Village y la casa del viento. Centellufux no paró de hablar ni un instante hasta llegar a la cima del Everest, donde un potentísimo silbido les llamó la atención. Era el mismísimo viento el que hablaba.

—¿Quién osa? —preguntó intimidante.

—Marcus Van Zuits —contestó el dragón quebrando la nieve con su cola.

—¿Y qué busca Marcus Van Zuits? —el viento silbaba impasible.

—Desafiar al viento —solo un dragón tan grande era capaz de hacerse escuchar en la casa del viento—. Una carrera hacia el planeta más cercano. O no te creemos que eres el viento.

El orgulloso elemento silbó aún con más fuerza, era su modo de aceptar el reto, nunca huiría ante una provocación. Marcus Van Zuits temblaba de frío aferrándose con los dedos entumidos al pelaje de Centellufux, quien se planteaba complejos problemas matemáticos para retar a su intelecto a volar más rápido.

—¡TRES! —bramó el viento.

—¡DOS! —rugió el dragón.

—¡UNO! —gritó el joven Van Zuits.

—¡YA! —estallaron los tres a coro.

Salieron disparados a la velocidad del sonido, dejando abajo el monte Everest en un parpadeo y saliendo de la atmosfera, tanto así que ya se llegaba a apreciar el enorme tazón de leche, donde nadaba la tortuga, en la cual; se apoyaban los pilares sobre los que se posaban los cuatro elefantes que sostenían a la plana tierra (y sepan que esa es la verdad, aunque no lo digo yo).

Pronto, el potente silbar disminuyó y el incrédulo viento gritó ahogándose.

—¡Malditos sean! Me han engañado, ¡yo no puedo vivir fuera de la atmósfera! —finalmente falleció diciendo—. ¡Lo lamentarán!

De inmediato, Van Zuits se vio cayendo en el vacío del universo por apenas unos instantes, pero pronto su panorama cambió y su humanidad aterrizó en algo blando; una cama hecha de retazos de mil colores. Sus ojos tuvieron que acostumbrarse al indiviso tapizado de las paredes, forradas con manchas, miles de ellas. Todo el lugar las tenía; las flores sobre la mesa, las tapas de los libros, los abrigos de piel, siempre de leopardo, de dálmata o plumas de codorniz. Incluso las ventanas, que no dejaban ver ni un ápice del mundo exterior.

La puerta de la habitación se abrió despacio, y por ella entró un sujeto muy difícil de describir. Tan complicado resulta, que, aun haciendo el máximo uso de detalles, no quedaría totalmente clara su exacta fisonomía, ya que, a cada paso, parecía ser una cosa distinta. Ni un felino, ni un canino, tal vez un anfibio, la cosa es que su rostro tenía tanto pelo como plumas, sus patas, escamosas, se perdían luego entre piel lisa y húmeda, su rostro se veía diferente dependiendo de la cantidad de luz, al igual que sus pupilas; parecían cambiar de forma cada vez que parpadeaba. Su vestimenta no era ninguna novedad, se camuflaba perfectamente con el tapizado de la pared, toda multicolor.

Seguramente no haría falta presentar a tan singular personaje, Marcus sabía de sobra a quien tenía en frente. Pero el Robamanchas no estaba enterado de su misión así que habló, en una voz que salía aguda como trino de canario y terminaba grave como bostezo de oso pardo.

—¿Qué razón puede tener un jovencito para matar al viento e importunar al Robamanchas?

—Usted tiene algo que no es suyo —le contestó Van Zuits con enfado.

—No es muy cortés hablarme así en mi propia casa, jovencito —contestó el Robamanchas, aunque no lucía enfadado—. Pero debes saber que nada de lo que poseo es explícitamente de “mi propiedad”.

—Lo siento, señor Robamanchas, pero no puedo hablarle con calma al responsable de que alguien amado para mí, esté a las puertas de ser enterrado en vida.

—Yo robo manchas, jovencito —el Robamanchas extendió los brazos señalando orgulloso a su alrededor—. No entierro a las personas. El responsable debe ser el Señor de los Sepultureros. Te has equivocado de casa, debes ir a donde muere el sol.

—No es a lo que me refiero, lo que digo es que usted ha dejado a mi amiga en una especie de sueño del que no despierta, ¡debido a que usted le ha robado! —Van Zuits no pudo contener una breve lágrima—. ¡Hasta

las manchas que adornaban sus mejillas, usted se las ha arrebatado!

—¿Una amiga dices? —el Robamanchas tragó saliva—. ¿No será una muchacha de Londres?

—¡La misma!, señor —Van Zuits extendió la mano—. Así es que le exijo a usted que devuelva lo hurtado, y haré la vista gorda.

—Aceptaré de buen grado, joven. Con una simple condición —el Robamanchas sonrió con codicia—. Deberás obsequiarme una mancha, la más bonita que tengas.

Van Zuits lo pensó con desesperación. ¿Una mancha? ¿Una bonita? ¿Cómo sabía él que mancha sería preciosa a los ojos del mismísimo Robamanchas? Primero pensó en cosas ostentosas, óleos de los pintores más célebres de París, gotas de los colores más luminosos de América, pero, nada de eso lo tenía al alcance. Finalmente, se le ocurrió un presente que no podría negar.

—Pues a cambio le ofreceré estos —dijo Van Zuits enseñándole el iris aceituna de sus ojos, tintado por varias manchas marrones. El Robamanchas sonrió satisfecho, y extendió sus largos dedos hacia el joven Marcus, pero éste lo detuvo—. Espere un momento, señor mío. Los tendrá en cuanto vea que Charlotte respira otra vez.

—Que así sea —el Robamanchas parecía contrariado.

Dando media vuelta, desapareció detrás de la puerta de la habitación. Marcus lo siguió hasta una sala, la cual no haría falta describir, conociendo el excéntrico gusto del anfitrión, pero es importante decir que tenía cajones apilados hasta el techo. El Robamanchas rebuscaba entre esa infinidad de contenedores, repletos hasta el tope de manchas, de todos los tipos y procedencias, eran el fruto de toda una vida de hurto. Finalmente, logró encontrar los objetos de Charlotte, el cuadro, el abrigo y sus pecas.

—Bien, vamos a verla entonces —el extraño ser se dirigió hasta la que parecía ser la puerta principal.

—No irá usted a tomar un gusano ¿o sí? —le preguntó Marcus preocupado—. Son rápidos, pero no creo que llegue antes del…

—Por algo es que nunca me capturan, muchacho —Marcus no pudo contener su sorpresa al ver que la puerta daba al interior de la iglesia oscura, en donde velaban a Charlotte—. Vaya, lo que faltaba. Un templo —el Robamanchas contempló el oscuro lugar con desdén—. Qué lugar tan

horroroso, tan…tan… ¿Cómo es que se dice? ¡Simétrico!

Van Zuits corrió de prisa y la miró dentro del ataúd. A la mañana siguiente iban a enterrarla, y ya no podría hacer nada. Por suerte, había llegado a tiempo, quedaban unos minutos.

Marcus apresuró lo más que pudo al Robamanchas, quien cautelosamente sacó a la joven del ataúd y le colocó el abrigo, entre sus brazos posó el cuadro y con calma reubicó las pecas de la joven, cada una en su lugar. La muchacha parecía haber recuperado su tez habitual, pero, no respiraba. Marcus esperaba impaciente, aunque, la chica seguía tan inerte como antes.

—¿Qué sucede ahora? —Marcus perdía la paciencia. Y las esperanzas.

El Robamanchas se encogió de hombros, pero Van Zuits vio nerviosismo en sus pupilas cambiantes.

—Te lo repito jovencito. No es mi culpa que ella esté así. Ya le he devuelto sus manchas, ¡dame ahora las que me prometiste!

—¡Claro que no señor Robamanchas! Ese no era el trato —Marcus le extendió la mano—. Algo se está guardando.

—¡No es verdad!

—¡Lo sé con tanta certeza, como que Sir Raso es blanco igual a la nada! —al decir esto, el Robamanchas se sobresaltó.

—¿Conoces a “Raso”?

—Él me dijo como llegar a usted.

—¡Ese sabueso carente de máculas! ¡Siempre metiendo sus pulcras orejas en mi camino!

El Robamanchas lanzó una maldición, y de su chaqueta sacó una bolsita que contenía una mancha de lo más peculiar, tenía la figura de una enorme gota de agua, y en su interior, todos los colores habidos y por haber. Era una mancha realmente bella.

—¿Usted le robó eso? —Marcus no había visto nada parecido—. ¿Qué es?

—Lo saqué de su pecho —confesó el habilidoso ladrón arrepentido—. Es una mancha inigualable, la quiero. Pero “Raso” ya debió haber adivinado que no puedo quedármela. Es por eso que te indicó el camino correcto.

—¿De su pecho? No puede ser sino su alma. Señor, usted le ha robado su alma pura, es por eso que no respira, ¡usted le robó el soplo de vida! ¡La mancha más preciosa de un ser humano!

—Conque es eso. ¿Cómo pueden tener los mortales manchas tan hermosas? Mi código me prohíbe causar un daño directo a los seres humanos. Pensé que eso era solo algo atascado en su pecho. Te lo juro jovencito. Mi intención nunca fue desvanecerla.

Con desgano, el Robamanchas, volvió a depositar el alma de miss Charlotte en su sitio, y al fin, Marcus pudo ver como el aire volvía a los pulmones de la joven dama. Una vez hecho eso, el Robamanchas hizo ademán de irse.

—¡Espere un momento señor Robamanchas! —lo detuvo Van Zuits—. Se olvida usted de algo —el joven señaló sus ojos.

Una sonrisa se dibujó en el diverso rostro del ladrón de manchas y de un rápido movimiento le arrebató el iris a Van Zuits.

—Era lo que esperaba —confesó este con una amplia sonrisa.

—Pues, creo que es el adiós, señor. —Marcus le dedicó una reverencia al estilo de los hermanos Cartwright—. Agradezca a los ciudadanos del "Mundo Escondido" de mi parte. Y si ve a míster "Centellufux", dígale que lo espero para tomar el té.

—Solo una cosa más, jovencito —habló el Robamanchas guardando sus nuevos tesoros debajo de la chaqueta— Quiero saber tu nombre. El nombre de uno de los pocos mortales que han conocido el… ¿Cómo le llamaste, "Mundo Escondido"?

—¡Oh! Lo lamento mucho, ¡qué descortés de mi parte! No me he presentado. Mi nombre es Marcus… Marcus Van Zuits.

Capítulo 2

El Acuerdo de los "Míticos"

“Y los buscaron con ahínco, pero ya era demasiado tarde, marcharon raudos cual golondrinas cuando firma y sello adornaron el tratado”

El pequeño fauno miraba su reflejo en el lago con clara preocupación, sus peludos brazos temblaban sobre sus cabrías rodillas, mientras que la ninfa recostada a su lado con aire maternal acariciaba sus pezuñas, como diciendo; <<Cálmate. Ya los encontrarás>>.

Así fue como los encontró el corpulento Dynatos, centauro de los bosques circundantes, que pisando con suavidad la verde hierba, no se hizo notar, sino ya cuando se recostó junto al desconcertado fauno, quien sentía como una mano vigorosa sujetaba su cuerno y sacudía su cabeza con suavidad, a lo que la risueña ninfa soltaba delicadas y armoniosas risitas de diversión.

—¿Nada? —fueron las palabras de Dynatos. A lo que el pequeño fauno respondió:

—Nada.

El imponente centauro le dedicó una veloz mirada a la ninfa que se encogió de hombros y tomó de las manos al fauno, sonriéndole como siempre.

—Se acaban los lugares —dijo una vez más Dynatos—. ¿Ahora donde debemos ir? ¿Alguien tendrá alguna otra idea? —el centauro se dio cuenta que nadie le prestaba atención—. Néos… ¡Néos!

El fauno se volteó confundido y miró a Dynatos.

—No… no sé —contestó cabizbajo.

Hacía tiempo que el pequeño Néos, el corpulento Dynatos y la bella pero fastidiosa Gélio, habían coincidido en la idea de que ya no había lugar para ellos en la tierra. Los reinos se agrandaban, los sembríos se abrían paso entre los bosques a fuerza de hachazos y fuego. Los seres pensantes que los habitaban eran cazados por pura diversión. Pezuñas de fauno en los mercados, cabelleras de ninfa para las reinas, torsos de centauro colgados sobre las chimeneas. Las cuevas de los enanos eran incendiadas, las

hadas eran envenenadas como si fuesen cucarachas. En fin, eso no podía seguir así. Fueran a donde fueran eran amenazados por los hombres. De no ser por el rumor de una vieja arpía, se habrían resignado a morir en manos de estos, pero la anciana rapaz le había dicho a Néos que había una especie de "mundo escondido", y que allí habría espacio de sobra para todos los seres oprimidos. Desgraciadamente, encontrarlo, eso sí que era un problema. No había un solo rastro, ni la pista más minúscula que pudiera dirigirlos a ese lugar. Para colmo, ni siquiera podían salir de los bosques, Gélio no podía alejarse demasiado del agua, si la gente pillaba algún centauro en los campos de cultivo, o peor aún, en algún pueblo, le hubiesen echado a sus perros y se hubieran lanzado en una partida de caza para sacar su piel y su grasa.

<<Malditos sean los hombres por siempre>>.

Ese día, Néos temblaba por una única razón; en los lindes orientales del bosque, había sido descubierto por una pequeña tropa de lanceros que volvía de una cacería. Se las arregló para escapar de milagro botándose arroyo abajo. La joven ninfa intentaba consolarlo cuando Dynatos se hizo presente. Él en cambio, viajaba de un lado a otro intentando convencer a todas las criaturas posibles a que lo ayudaran en su noble causa; buscar un nuevo hogar. Los que le daban mayor aceptación eran los enanos, desesperados en encontrar algún agujero donde el hombre no pudiera meterse. Quienes resultaban complicados de convencer eran los elfos, odiosamente resignados a perecer bajo el yugo del ser humano.

Los tres compañeros se predisponían a pasar un día más sin ningún tipo de progreso, cuando de la espesura salieron un par de visitantes inesperados. Un enano de dorados rizos, seguido por un hada minúscula, de apenas un par de horas volando por el mundo.

—¡Foukarás! —saludó el centauro poniéndose de pie—. Qué alegría verte, espero traigas buenas nuevas. ¿Quién te acompaña hoy?

El enano sin fijarse mucho le arrojó la capa de viaje al pequeño fauno, confundiéndolo con un tronco de árbol. Gélio, la ninfa, lanzó un bufido retirando rápidamente la sucia capa del enano, tirándola al suelo y acariciando los rizados cabellos de Néos. Pero el recién llegado ni la miró.

—Dynatos. Hace dos días que sigo tus pasos —el enano se dejó caer al suelo jadeando—. Resulta que después de lo que nos dijiste, creo… creo… que hay una manera de llegar.

El centauro se encabritó de alegría.

—Es la mejor noticia que he escuchado en años. Es ella ¿verdad?
—Dynatos señaló a la hadita que se había posado en los cabellos del

enano.

—¿Quién?... Oh no, ¡no! Esa cosa con alas si apenas puede volar. Me sigue desde la mañana, no entiendo por qué —el enano miró despectivo al diminuto ser—. No, yo mismo lo descubrí —el hombrecillo bajó la voz como para acaparar la atención de la ninfa, que jugaba con sus cabellos—. Consulté a una clarividente, una mujer que sabe muchas cosas, es una de las pocas personas que todavía aceptan el cobre de los enanos a cambio de cosas. Me enseñó como invocar una puerta hacia ese "mundo escondido".

—¿Y funciona? —habló Néos soltándose de los brazos de la ninfa. El enano lo miró por primera vez, y le brillaron los ojos.

—¿Cómo voy a saberlo? Necesito ayuda —Foukarás se puso en pie y rodeó al fauno, mirándolo de pies a cabeza—. Pero creo que tú puedes ayudarme, pequeño fauno. Gélio se interpuso entre Néos y el enano, dedicándole a este último un par de muecas despectivas.

—Creo que no le caes muy bien a Gélio —Dynatos calmó al enano—. Dime, Foukarás. ¿Cómo puede ayudarte Néos?

—Escuchen bien, con mucha atención —el enano se aclaró la garganta. Le gustaba escucharse hablar—. La vieja me dijo que, a la luna llena, se dibuja un ojo de gato negro en la corteza del sauce más grande del bosque, y se le hace llorar.

—¿Y por casualidad sabes cómo hacer llorar a un árbol? —Dynatos se cruzó de brazos malhumorado—. O te devolveré a tu casa con marcas de mis cascos en el trasero.

La risueña Gélio rio sin intentar contenerse, revolcándose por la hierba fresca.

—Descuida, Dynatos. La vieja me dijo con todo detalle cómo hay que hacerlo —el enano tosió nervioso—. El problema será hallar el sauce.

—¡Yo sé dónde hay un sauce enorme! —enfatizó Néos.

—Bien, entonces llévanos —apuró Dynatos. Pero el enano lo detuvo.

—No tan rápido, primero debemos conseguir los materiales —los allí reunidos se cruzaron de brazos. El hada revoloteaba todavía sobre sus cabezas—. Necesitamos una daga de elfo, un compás… aunque no sé lo que es. Pintura negra, verde, blanca y una niña humana que apenas haya entrado en raciocinio.

La ninfa abrió los ojos horrorizada, cubriendo las puntiagudas orejas del fauno.

—¿¡UNA NIÑA HUMANA!? —bramó el centauro—. ¡Y lo dices como si crecieran en los árboles!

—Espera un momento, espera Dynatos —el enano se apartó dos pasos del centauro—. Tengo todo planeado, por eso necesito a tu amigo.

Gélio rodeó a Néos, negando con la cabeza.

—¡No permitiré actos sangrientos en algo que ni siquiera está comprobado! —Dynatos pisó con fuerza—. ¿Es que quieres ponerte a la altura del hombre?

—No es lo que tú crees, Dynatos, ¡escúchame! Solo el llanto de una niña pequeña podría conmover a un sauce. Luego la dejaremos marchar.

—¿Y que acabe sola en el bosque? Puede ser fruto del hombre, pero sigue siendo una niña.

—¿Y si la llevamos con nosotros? —opinó tímidamente Néos, quien sentía compasión por todos los seres del mundo—. Solo hasta que hablemos con los habitantes de "allá"

—Supongo que no habrá otra opción —el centauro se rascó la cabeza.

—Si ustedes quieren cargar con un infante está bien, pero no me responsabilizaré —el enano se dedicó a sacar bultos del pesado fardo que cargaba. Todos vieron sorprendidos que era ropa de personas— El chiquitín y yo podremos pasar por humanos, uno encima del otro, para mañana tendremos a la niña. Entre tanto ustedes deberán ir por el resto de materiales.

La ninfa miró inquisitiva a los allí reunidos, sin entender bien todavía lo que Foukarás tenía en mente. Pero el mismo enano habló.

—Iremos a las granjas a robar una niña. Necesitamos hacernos pasar por seres humanos —el enano desenvolvió orgulloso una raída capa—. El chiquitín, sin esas piernas podría pasar por un jovenzuelo, y yo seré sus pies.

Gélio, al escuchar esas palabras se abalanzó sobre el enano que era la mitad de alto que ella, jalándole las barbas doradas con reproche, mientras Néos intentaba inútilmente detenerla. Era en verdad una ninfa demasiado sobreprotectora.

—¡Basta Gélio! —la apartó por fin el corpulento Dynatos—. Será la única manera de entrar en un poblado. Tú no podrías, debes estar cerca del agua.

La ninfa bajó la cabeza y abrazó con fuerza a Néos, quien le devolvió el gesto. Luego, risueña, con lágrimas en los ojos, lo llenó de besos antes de soltarlo y hacerle gestos, que luego el fauno interpretó.

—Dynatos —dijo tímidamente—. Ella sabe dónde conseguir la daga élfica, vayan tranquilos, estaremos bien.

—Así se habla chiquillo —Néos suspiró. A pesar de que le sacaba una cabeza, el presumido Foukarás también hacía alusiones a su corta altura.

Pronto, los amigos tomaron cada quien su camino. Mientras Gélio y Dynatos siguieron el camino del afluente de la laguna, Néos y Foukarás pusieron rumbo al pueblucho más cercano. Una vez abandonaron el bosque, Foukarás subió al fauno sobre sus hombros, le dio una camisa de lino blanca y se echaron la capa, cubriendo con discreción los cuernos de Néos.

—Bu…buen día, buen hombre —saludó Néos, aterrorizado al pasar en frente del portero, esbozando una nerviosa sonrisa.

Cabe decir que estuvo a punto de desmayarse cuando el arrugado hombre armado se lo quedó mirando fijamente antes de devolverle el saludo. Parecía que el enano se la estaba pasando mucho mejor, sin tener que enseñar su rostro a nadie. Obviamente el fauno no era ninguna carga para él.

El pobre Néos miraba con los ojos bien abiertos lo diferente que era todo fuera del bosque, las piernas no le dejaban de temblar cada que pasaba un paladín a caballo, o un campesino lo miraba con curiosidad. Además, su rostro joven y su barba rizada llamaban la atención de las jóvenes plebeyas, que le sonreían e intercambiaban palabras pícaras entre ellas.

—Bien, ojos abiertos pequeño —dijo el enano una vez se aseguró de que no había nadie cerca que lo oyera—. Debemos buscar una niña que robar, debe ser fuerte, no queremos que se nos muera en el camino. (El enano no pudo evitar reír). Pero no muy grande, no debe saber mucho, solo lo necesario.

El fauno asintió, mientras miraba a su alrededor. Deambulaban por el pueblo sin rumbo fijo, eso los haría parecer sospechosos, pero no podían sentarse para disimular, así que se posaron junto a un gran encino en medio del pueblo. Néos se dedicó a mirar, a decir verdad, casi olvida su

misión, no sabía exactamente qué clase de niña era la que quería el enano. Pronto vio pasar una figura pequeña; se trataba de un niño. No, no era eso lo que buscaban.

En poco tiempo pasó una joven, llevaba ya el cabello castaño recogido. Néos le tocó el hombro a su compañero.

—Demasiado mayor —decía el enano.

Pasó una anciana, de piel apergaminada, encorvada.

—Esa está tan seca que ya no debe tener ni lágrimas.

Una recién nacida en brazos de su madre.

—La una ya sabe demasiado. La otra aún no sabe nada.

El tiempo pasaba, pero no aparecía la persona adecuada, ya comenzaba a atardecer. No habían comido en todo el día. La panza del fauno gruñía impávida.

Pasó una mujer con un enorme canasto.

—Tampoco, pequeñín. ¿No ves que es igual que las o…?

Detrás de la mujer, agarrada de su mano, iba radiante una niña pequeña, ya caminaba con normalidad, y apenas hablaba. Era lo que buscaban.

Luego vino lo difícil. Más para Néos que para Foukarás; averiguar la vivienda de la pequeña. Para ello tuvo que entablar conversación con las personas del pueblo, preguntar cosas absurdas, mirar objetos en los que fingía estar interesado. No era tarea fácil para un fauno. Entre tanto, Foukarás espiaba debajo de la capa los movimientos de la niña y su madre. Resulta que vivían a uno de los extremos del pueblo. Esperaron a que la noche se presentara, lo cual parecía una eternidad. Entraron por la ventana cuando todos dormían, y sin piedad alguna el rubio enano arrancó a la pequeña de sus aposentos. Una parte de él lo hacía por liberar a su pueblo, pero por otro lado era una venganza hacia el hombre, robarles un tesoro invaluable; su directo legado.

Hay que sorprenderse al escuchar que el tosco enano tomó todas las precauciones al raptar a la niña, incluso llevó las mantas para que el frío no la despertase, pero una vez fuera del pueblo, en la oscuridad, se la entregó a Neos, quien se quedó maravillado con la pequeña; cuanta paz en su semblante, tan pequeña y tan frágil, sus mejillas rosadas eran tan suaves. Al fauno lo asaltó la pena, un fuerte impulso por devolverla lo atormentó todo el camino, pero no se dio la vuelta. Si algo le pasaba,

cargaría con eso por siempre.

En efecto, cuando la pequeña se dio cuenta de que había sido arrebatada a sus padres, lloró y lloró sin parar, sacudía pies y manos, pero Néos no la soltó de sus brazos. Aunque Foukarás le decía que la dejase llorar, no se molestó en escucharlo, era muy obvio que el enano veía a la niña como una simple herramienta. Hizo muecas graciosas, la meció y finalmente como último recurso, le cantó. La niña calló al oír su dulce voz, y una sonrisa afloró en su rostro. Paz infinita regocijó el corazón del fauno. Qué sensación tan extraña producía el hacer sonreír a un niño.

Quien se sintió más maravillada aún, fue Gélio, tomó a la niña en sus brazos y la hizo reír en cuanto la vio. Al parecer había encontrado a alguien más conmovedor que el pequeño Néos. Dynatos apenas le dedicó una mirada, no quería tener asuntos con algo que fuese del hombre.

—Aquí tengo la daga, mi compás y unas pinturas que les compré a las arpías —dijo el centauro enseguida—. He consultado a los astros, en dos días tendremos luna llena. Ahora debemos viajar hacia el sauce.

Con Néos a la cabeza, los compañeros se dirigieron raudos hacia lo profundo del bosque. Evadiendo cautelosos las cuevas de Trolls, o las madrigueras de los grifos hasta finalmente llegar a un sauce centenario que se alzaba sobre todo lo demás.

—Bien, la daga, Dynatos —ordenó el enano en cuanto la luna alumbró a finos rasgos la espesura.

El centauro no se hizo esperar. La niña y la ninfa miraban en silencio como el enano abría surcos en la gruesa corteza, recitando unas palabras que seguramente la adivina se las había dictado, Pronto se distinguía el ojo de un gato tallado en el sauce.

—¿Las ninfas colorean? —preguntó Foukarás extendiéndole un pincel.

Gélio, con cara de pocos amigos le arrebató la herramienta, y comenzó a darle color al dibujo, entre tanto la pequeña descansaba en las peludas piernas de Néos.

Negro el contorno y la pupila vertical, blanco para el brillo, verde para el iris, hasta que el ojo se vio tan real como si un gato gigantesco los mirara desde el interior del sauce.

—¿Y ahora? —preguntó Néos.

—Ahora la niña debe llorar.

El enano dio unos pasos hacia la pequeña, pero Gélio lo detuvo airada.

—Solo la asustaré —se justificó el Foukarás. Dynatos solo observaba—. Solo unas lágrimas y listo, el portal deberá abrirse.

—Es la forma menos cruel, Gelio. Déjalo —ordenó Dynatos con impaciencia.

El enano sonrió triunfal, se aproximó a la pequeña, quien lo miró como si nada, acostumbrada a la presencia de aquellos seres. Entonces, de improviso, el rubio enano pegó un alarido atroz, alzando sus cortas manos y saltando con gesto amenazador. Néos pensó que le daría a la niña un susto de muerte, él mismo tembló al escuchar su grito. Pero la pequeña reía, ¿acaso sabía que esos seres extraños no le harían daño?

—"Fourarás" chistoso —dijo la pequeña entre risitas. El aludido refunfuñó.

—Sí, si, es muy gracioso —corroboró Néos aliviado de que la niña no se hubiera espantado.

—Bueno —el enano miró malicioso a la ninfa—. Dicen que a los golpes se aprende.

Néos saltó indignado, era la primera vez que lo veían alterado, pero al ver que Dynatos no se proponía hacer nada, se interpuso en el camino de Foukarás, claramente sorprendido ante su actitud.

—¡No!, ¡eso sí que no! ¡No permitiré que toques a la niña! —hasta eso, Gélio ya la había tomado.

—¿Y entonces qué? —el enano se cruzó de brazos—. ¿Prefieres morir aquí?

—Si. Si eso implica tener que golpear a una criaturita, prefiero morir aquí mismo —Néos bajó la cabeza. Se le había acabado el valor.

—Dynatos no parece pensar lo mismo —el enano dio unos pasos—. No creo que la niña muera con un par de golpes.

—¡No, espera! Ya sé lo que debemos hacer.

—Pues dilo. La pintura se seca.

El pequeño fauno se sentó frente a la niña, tomó aire, y comenzó a cantar, una melodía triste, inspirada con sus sentimientos. No era agónica, ni inspiraba miedo, simplemente era muy conmovedora. Ni siquiera Foukarás pudo evitar sentirse acongojado al escuchar la suave

voz del fauno.

La letra hablaba sobre un clan de faunos que habitaban los bosques circundantes, antes de que los hombres tuvieran la manía de cazarlos. Allí había nacido un fauno, uno muy pequeño al cual la felicidad daría la espalda. Pasaron apenas meses desde su nacimiento, y las primeras partidas de caza fueron enviadas, las criaturas morían de una u otra manera, y el clan del pequeño fauno fue exterminado, todos excepto él. "En esos tiempos no se hacían tratados". Decía la canción. "Las palabras bastaban para pactar con soldados".

Vagaría solo por la espesura, hasta ser acogido por un grupo de risueñas ninfas que lo adoptaron como a un hijo. Pero los ríos pronto se teñirían otra vez de sangre, y el pequeño fauno, en su impotencia, solo podría salvar a una de ellas. Todas le eran queridas, pero esta lo era más. Infinitamente más.

Gélio.

La niña lloró. Lloró despacio, conmovida. Abrazó al pequeño fauno, llamándolo por su nombre. Incluso Dynatos no pudo evitar esconder su rostro bajo sus manos, conocía esa historia, pero el fauno la cantaba con sentimientos únicos, demasiado propios.

Al verla a través del ojo de un gato negro, el sauce tampoco pudo contenerse, y lloró de igual manera, derramando su savia dorada. Sus llantos dejaron ver una puerta muy elegante, muy extraña. Nadie allí había visto nunca puerta igual.

—¿Funcionó? —Foukarás había dado la idea, pero parecía el más incrédulo de todos.

—¡Puerta! —dijo la pequeña, saltando a los brazos de Gélio, quien asintió emocionada. Aún no se recuperaba de la canción.

Dynatos fue el que se aproximó. Miraba extrañado la puerta, sin saber cómo abrirla. (Cabe destacar que las puertas con pomo no se inventaban aún). El centauro intentó empujarla, pero no cedió.

—¿Qué es esa cosa redonda en la puerta? —dijo —. ¿Es acaso una bola mágica? ¿Alguien nos mira a través de ella?

—Tal vez sea una de esas puertas mágicas que se abren mediante un conjuro —opinó Foukarás dándole golpecitos.

Néos y Gélio se miraron encogiéndose de hombros. Tal vez todo eso había sido en vano. Sin embargo, la pequeña se aproximó a la puerta, mirando su simplicidad. Arriba se apreciaba el ojo, parecía muerto ya, sin brillo una

vez seca la pintura.

La niña dio unos saltos, intentaba agarrarse del pomo, pero ni el enano, ni el centauro la cargaron. Néos la tomó y le ayudó a colgarse de la “bola mágica”, y, ante el asombro de todos, esta giró bajo el peso de la niña, y se abrió lentamente y sin emitir crujido alguno.

Miraron al exterior, quedaron embobados ante el escenario que tenían en frente; un claro iluminado por una especie de luz artificial que ellos jamás habían visto. Justo donde comenzaban los árboles, se alzaba un trono de oro macizo y sentado amodorradamente sobre el mismo, los miraba con rostro conmovido un gato negro, sosteniendo un pañuelo en su pata.

—¡Bravo! —aplaudió el felino— ¡Bravísimo! Mi señor fauno. Hacer llorar a un niño de manera tan poética. Nunca le había abierto mis puertas a alguien con tanta facilidad.

Los compañeros no contestaron, solo la pequeña dio unos pasos al frente. Llamando al gato, como si de un simple animal se tratara.

—Ven minino, minino, ven acá.

—Mejor ven tu aquí pequeña niña, pero sin llanto esta vez —el gato extendió una pata, y la pequeña corrió hacia el—. ¿Y bien? ¿A que han venido ustedes, señores?

Dynatos tomó la palabra, y con mucha cautela le contó su precaria situación, intentando evitar en todo momento las inquisitivas miradas del gato, y por alguna razón que él no conocía, acabó su narración con una reverencia.

—Magnífica historia, bellísima —el gato volvió a aplaudir—. Emocionante, trágica y llena de sentimientos contrarios. ¡Y que elenco de personajes tan variados! Ideal para una película.

¿”Película”? Esa palabra definitivamente no estaba en el diccionario de ninguno de los invitados. La pequeña niña había levantado al gato y lo acariciaba detrás de las orejas.

—¡Oh! Hablo demasiado rápido. Ustedes no saben lo que es una película —el gato suspiró—. Pudiera acogerlos enseguida en mi mundo. Pero no solo estoy yo, debo hablar con los otros.

—¿Qué usted no es el jefe? —preguntó Foukarás con desdén. El gato hablaba como los hombres y eso le disgustaba muchísimo.

—¿Jefe? —el gato se echó a reír sobre el regazo de la niña—. Aquí no existe esa palabra tan opresiva. Pero hay un grupo designado a velar por

el bienestar de mi mundo. Yo solo soy uno de los tres. Antes éramos cuatro, pero expulsamos a uno por su tendencia al hurto.

—Por favor, llámelos lo más pronto posible —rogó Néos—. A cada día que pasa, los nuestros mueren a manos de los hombres.

—Lo haré, lo haré —el gato maulló y acudió una muñeca de trapo.

—¿Señor?

—Convoca a los otros dos, diles que hay asuntos que discutir.

—Enseguida —contestó la muñeca retirándose.

Los amigos vieron asombrados que, un poco más allá del trono, no se desplegaba el vasto mundo, sino una pared de ladrillo. A decir verdad, ese pequeño claro estaba encerrado en un cuarto de ladrillo enorme, y sobre la clara luz, que podría ser cualquier cosa menos el sol, había una techumbre de metal.

—Espero no tarden más de una semana, el tiempo apremia —se quejó Foukarás. El gato rompió a reír.

—¿¡Una semana!? Sería terrible que llegasen en una semana, si no arriban en media hora ya resultaría bastante preocupante. Los gusanos no son holgazanes.

—¿Quién es usted? ¿Qué es este lugar? Todo parece tan falso aquí —Dynatos se veía muy confundido. El saber siempre había sido su fuerte, pero ahora se sentía sumamente ignorante.

—Lo siento mucho —se disculpó el gato—. Olvido que los seres como ustedes no saben nada de “aquí”. Soy Osiris. Y no, no tengo que ver en nada con los egipcios. Pero mi amigo centauro, no hay razón para decirte como es el mundo aquí, en caso de que yo y mis compañeros no lleguemos a un acuerdo.

—Pagaremos lo que sea. Saquearemos, mataremos, a quien quiera —dijo Foukarás creyendo que todo estaba resultando en contra—. No queremos comida ni techos, solo poder cruzar esta puerta.

—Que horriblemente grotesca es la cultura por esos lados —el gato sacó la lengua asqueado—. La acción de robar solo la realiza una persona en este mundo. Y la acción de matar…

El gato no completó su frase, al parecer la matanza era algo terrible allí.

Pasó un tiempo en el que los compañeros tuvieron que sentarse en la hierba, extrañamente falsa. Miraban todo con curiosidad, y la pequeña, aburrida de sostener a Osiris, había vuelto a los brazos de Gélio. Justo cuando el pequeño Néos se empezaba a quedar dormido, la puerta de donde había salido la muñeca volvió a abrirse, y entraron unas criaturas igual de extrañas que su anfitrión.

—Han llegado los señores —la muñeca hizo una reverencia.

Detrás de ésta, con paso débil y extrañas ropas raídas, avanzó un viejo, de largas barbas y ojos cansados, encorvado y desdentado, apoyado en una pala polvorienta. Más atrás avanzó un ser que parecía el más importante de todos, caminaba orgulloso, vestía totalmente de blanco, y su pelaje también lo era. Tenía el rostro de un lobo, pero se notaba que era mucho más que eso.

—Compañeros, bienvenidos, por favor tomen asiento —el gato invitó a todos a sentarse en la hierba—. Les presentaré a mis personaj… quiero decir; a mis invitados. El enano gruñón Foukarás, la ninfa muda Gélio, el sabiondo centauro Dynatos, la futura "Portera" y el intrépido fauno Néos.

—Buenas —dijo el anciano.

—Encantado —se inclinó el lobo blanco.

—Ellos son mis dos compañeros —el gato empezó presentando al anciano—. Señor de los Sepultureros y Sir Raso.

Los amigos les dedicaron una reverencia.

—¿Para qué han venido estas criaturas? —preguntó el viejo. Osiris no se hizo esperar y volvió a contar la historia, lleno de emoción.

—¿Creyeron que sería tan fácil quedarse a vivir aquí? —el lobo blanco se pasó una pata por las orejas—. La verdad es, que no podemos aceptarlos así como así. Sus costumbres son todavía incivilizadas. No podrían ni invitarlos al té.

—Seremos como ustedes quieran, señor Sir Raso —imploró el fauno.

—Ahí está el problema, pequeño fauno —dijo el anciano—. Les faltan conocimientos esenciales de etiqueta. Si le dices "señor" entonces debes omitir el "sir".

El fauno bajó la cabeza. Pero Osiris habló por ellos.

—Es justo lo que pensé que dirían, así que me tomaré la libertad de responder por ellos. Está claro que se confundirán con sus preguntas —el

gato maulló con ganas—. La verdad es que los quiero como mis actores. ¡Imagínense la cantidad de películas que podría rodar con estos personajes! Y con el resto que todavía están en el otro lado. Tendría dobles, técnicos, cámaras, incluso dragones.

—¿Y qué me dices de su incivilidad? —el viejo protestó—. El resto de ciudadanos no podrán convivir con ellos. Tendrán que permanecer encerrados al no saber cómo comportarse.

—Yo les enseñaré, Sepulturero. ¡Vamos! no es tan difícil, son incluso más racionales que los hombres. ¿Tú que dices Raso?

—Pues si los educas bien no tendré problema alguno en ir al cine de vez en cuando —el lobo tuvo una idea—. Propongo un período de prueba. Si aprenden normas de civilidad y no resultan ser bárbaros, se quedarán para siempre —el lobo le guiñó un ojo a Néos quien se echó a sus pies agradecido.

—No sé para qué hay tres, si solo dos bastan para tomar la decisión —se quejó el Señor de los Sepultureros.

Los compañeros festejaron, se abrazaron y felicitaron a la vez que agradecían a sus benefactores. Aprender cosas nuevas no sería tan difícil. O eso era lo que pensaban

—Debemos firmar el tratado —Sir Raso sacó un pergamino enorme. Las palabras del acuerdo ya estaban allí, solo faltaban las firmas.

—Necesitamos un nombre para diferenciarlos de los ciudadanos de nacimiento —comentó el Señor de los Sepultureros.

El gato negro ya lo sabía:

—Los llamaremos los míticos —se expresó con decisión—. Los hombres los extrañarán de sobremanera, y avergonzados por su error, comenzarán a contar a sus hijos que solo fueron invenciones, los llamarán mitos.

—Que así sea.

Los tres señores de ese “mundo escondido” depositaron sus firmas en el acuerdo. Luego lo extendieron al sorprendido Néos, quien, perplejo, miró a sus compañeros.

—Anda, fírmalo —Dynatos le extendió la pluma—. Tú nunca perdiste las esperanzas, termina lo que empezaste, Néos.

El fauno, orgulloso, escribió su firma en el pergamino, que fue posteriormente sellado con el emblema. Serían actores de ahora en

adelante.

Los Míticos.

—Vayan —los instó Osiris—. La puerta permanecerá abierta. Traigan a los suyos, a todos los que tengan.

Gélio se disponía a llevarse a la pequeña con ellos, pero Osiris la detuvo.

—La niña deberá quedarse un rato más aquí —manifestó—. Tiene el don de poder entrar. Será una buena portera.

—¿Qué es eso? —preguntó Foukarás quien claramente se había encariñado con la chiquilla.

—Las porteras son las ancianas que ayudan a los que lo necesiten, a visitar nuestra patria. Esta pequeña ha demostrado ser apta cuando crezca. Mientras ustedes vuelven, le enseñaremos un par de cosas —el gato miró a la niña y le dijo dulcemente—. Diles hasta pronto a tus amigos —la niña agitó la mano mientras Néos y compañía atravesaban la puerta de vuelta a los bosques circundantes.

En realidad, la situación para los seres míticos había empeorado en su ausencia. Los hombres quemaban los bosques, las partidas de caza eran enormes y los sobrevivientes huían de un lado a otro desesperanzados. Los compañeros se dividieron el trabajo: Foukarás fue a las montañas a avisar a los enanos, a los volcanes a llamar a los dragones, atravesó los campos llamando a los gigantes. Dynatos cabalgó días y noches llamando a los trolls, visitando los nidos de los grifos, adentrándose en las cuevas de las arpías. Gélio recorrió muchísimos afluentes, hablando con las náyades, dríades y elfos. Néos buscó a los pocos faunos que quedaban, a los parientes de Dynatos por todos los bosques circundantes, y a las hadas, escondidas en todos los rincones.

Pasó el tiempo, mucho tiempo hasta que lograron reunir a todos. Néos fue el primero en llegar. El tiempo lo había hecho crecer, era más alto que la última vez, lo notaba allí parado frente al gran sauce. Esperó varios días el regreso de sus compañeros. Solo Gélio llegó, lanzándose a los brazos del fauno con lágrimas en los ojos y su enorme sonrisa. Nunca más se verían obligados a separarse.

Cuando al fin llegaron los grupos que estaban bajo encargo de Dynatos y Foukarás, se enteraron de la terrible noticia. Los dos, cada uno por su lado, habían muerto, pero cumpliendo con su cometido. Néos y Gélio no tuvieron tiempo de llorarlos, debían cruzar la puerta a prisa. Miles de seres míticos, uno por uno, desfilaron frente a ellos.

Los hombres estuvieron a punto de descubrirlos. Ya cuando faltaba menos de una docena de criaturas, el rey en persona había dado con su rastro. Para cuando solo faltaba un fauno de estatura mediana, el rey llegó al gran sauce, desmontando y rogando con las rodillas en la tierra. Néos lo miró brevemente mientras cerraba la puerta tras de sí.

—¡No se vayan por favor! —fue lo que escuchó.

Cuando entró de nuevo, no fue Osiris quien los recibió, sino una jovencita muy familiar. Era la pequeña niña. Había crecido tanto. Gélio corrió a abrazarla y a besarla llena de regocijo. Néos, más tímido solo agitó su mano sonriéndole.

—Néos, Gélio. Los extrañé mucho —les dijo.

—Mírate —el fauno la abrazó sin poder evitarlo—. Si Foukarás estuviera aquí diría que ahora sabes demasiado.

La niña rio.

—Lamento mucho su deceso —dijo—. Debo irme, a guiar a las personas del otro lado. A las que lo necesiten —la niña señaló otra puerta. ¿Me acompañan para despedirme?

—Será un placer.

La joven abrió la puerta, y frente a ellos vieron un enorme valle y un cielo rojizo por la puesta de sol. Comprendieron que sería la última vez que verían ese mundo.

La joven volteó y los abrazó a ambos.

—Me alegra ver su sueño cumplido —les dijo, y le estampó un beso a cada uno.

—¿Cómo fue que te llamaron tus padres?

—Nunca me nombraron —el fauno la miró, extrañado. La chica sonrió—. Ustedes son mis padres ahora. ¡Nómbrenme!

El fauno no se hizo esperar, y después de mirar a Gélio contestó orgulloso.

—Con gusto lo hacemos, mi querida Elpída, mi pequeña esperanza.

La puerta se cerró para siempre. Al parecer los míticos pasaron el periodo de prueba, porque hasta ahora no se ha vuelto a ver a ninguno.

Capítulo 3

La Tienda de Porcelana

“Soberbio cuarto creciente

Cuando llegue el sol naciente

La bruma no me respalda

Será mejor cuidar mi espalda”

La mano huesuda sirvió dos tazas de té, una para cada niña. Las hizo sentar cuidadosamente en sillas de jardín, a pesar de que se encontraban adentro. Calentó el fuego, de un apabullante color verde grisáceo, las miró con ternura y se sentó frente a ellas, frotándose las manos pálidas contra las ropas negras. Enseñó los blancos y perlados dientes, parecían de marfil. Finalmente, agarró su taza y sopló antes de dar un sorbo y paladear el extracto de las hierbas que aromatizaban la tétrica habitación.

Con voz calma y zalamera preguntó:

—¿Y qué razón insana ha traído a dos niñas a visitarme?

—Buscamos a nuestro padre —contestó una de las gemelas con voz adormilada—. ¿Sabe usted señor, donde podemos encontrarlo?

—Yo sé muchas cosas. Todas insípidas o amargas para el paladar de un niño —dio otro sorbo de té—. ¿Qué las ha llevado a pensar que aquí está vuestro padre?

—No sé —contestaron simplemente.

—Yo veo a través de las historias de la gente. Si escucho la suya, es posible que pueda interpretarla —que voz tan adormecedora.

—¿Si se la contamos, sabrá dónde está? —un aire de ilusión se encendió en los ojos de las niñas.

—Es posible —sirvió un poco más de té.

—Por favor, no solemos tomar demasiado té. ¿No tendrá de casualidad algo de leche?

—Lo lamento, aquí solo tomamos té, corazón mío —la mano huesuda retiró las tazas—. Mejor háblenme de su padre.

Las niñas se miraron, asintiendo con una sonrisa, lo recordaban todo, absolutamente, en demasía quizá.

—Es un hombre alto y apuesto, sus ojos hacen que te pierdas al mirar demasiado.

—Su risa es como la mañana de primavera. Su voz es como esas que suelen prestar los ángeles a los hombres buenos —añadió la otra niña—. Su aroma es fragante como las hojas de toronjil.

La pálida nariz ganchuda aspiró, como si la descripción de las niñas flotara en el aire.

—Me recuerda a alguien que ya he visto con antelación —el frío todavía se sentía, a pesar del fuego crepitante—. Díganme, dulzuras. ¿Cómo fue que lo perdieron?

"Era la primera vez que lo vimos llorar. ¿Verdad?". La hermana asintió. "Llegó de su taller con una nota escrita, llevaba sellada el águila. La hoja estaba muy arrugada. Al entrar nos miró y estuvo a punto de colapsar, no sabíamos muy bien lo que estaba pasando, todavía no lo sabemos. Solo tengo la impresión de que ninguna pudo dormir. Bajamos a la cocina, y allí estaba el. Había recortado nuestras fotografías, con mucho cuidado las puso en un relicario, creo que era de su tía. Luego lloró, nosotras volvimos a la cama, pero todavía lo escuchábamos, algo se había roto dentro de él. Fue a nuestras camas y fingimos dormir, creo que se quedó absorto en el sillón frente a nosotras. Cuando amaneció, él ya estaba saliendo. Tenía una enorme mochila llena de comida y ropa, el relicario colgaba en su cuello. ¡Ay! Como lo asaltó la pena cuando nos vio bajar somnolientas tras él. No recuerdo ningún otro momento en el que nos hayamos sentido tan desoladas, algo no andaba bien, lo sabíamos, pero no preguntamos, solo lo abrazamos"

—¿Qué hay de su madre? —la mano echó más leña en el fuego.

—No sé —contestaron a coro, y siguieron contando.

"Nuestra tía llegó entonces, con maletas casi tan grandes como las de papá. Que cruel. Nos arrancó de sus brazos cuando llegó el camión lleno de hombres desconocidos. Ninguno era bien parecido, no le llegaban ni a los talones. Tenían armas de fuego, sujetadas firmemente por manos toscas y callosas. Mi padre no era así, él confeccionaba ropa en su

almacén. Las garras de la tía nos apartaron de nuestro padre y, qué descaro por su parte. Nos sonrió al subir al camión, ocultó sus lágrimas y se despidió con la mano. ¿Cómo hacen los adultos para esconder el dolor?”

—Tal vez puedas preguntarle cuando lo encuentren.

“Nuestra tía era una mujer desconocida, no le preguntamos nada, no queríamos oírlo, de alguna forma sabíamos que, si nos lo decía, dolería, dolería muchísimo. Callábamos, solo hablaba ella. Las canciones que escuchaba en la radio no eran las mismas que sintonizaba papá en el almacén, su comida era demasiado salada, su voz era chillona y desagraciada. Pasó un mes. Papá no volvía y en la radio había una palabra que lo abarcaba todo”

“Guerra”

“Muchas veces, hombres de uniforme golpeaban a la puerta, pero ninguno era nuestro padre. O muy ancianos, o muy jóvenes. Nunca hablaban con fuerza, únicamente decían cosas a mi tía, a media voz, y le entregaban cartas que ella quemaba en la chimenea. Solo salvamos un pedacito”

La niña desarrugó un papel quemado y amarillento donde se leía. “Para mis adoradas…”

“Luego de un tiempo las cartas dejaron de llegar, la tía se puso aún más gruñona, nos regañaba por todo y tal vez tenía en parte la razón. No éramos ningunas niñas ejemplares. La llamaban de cuando en cuando a la escuela, culpándonos de déficit de atención. Ya era el colmo, papá no llegaba y las dos nos cansamos de esperar. Si lo habían llamado de la capital, entonces nosotras marchamos directamente hacia allí. Lo alistamos todo, iríamos a Berlín”

—¿Galletas? —ofreció el ser pálido. Las niñas se negaron. La segunda tomó la posta de su hermana.

“Huimos en la noche, cuando volvía a nevar, como cuando papá se marchó. Quizá eso aumentara las posibilidades de encontrarlo. Llegamos a la ciudad luego de muchos cambios de coche, un amable joven se ofreció a hacer espacio en su camión. La ciudad era gris, llena de uniformados. Buscamos por días a mi padre a ver si estaba entre ellos. En vano. Solicitábamos audiencia con el hombre de bigote que lo había convocado, al principio nos engañaron, diciendo que nos atendería en un determinado día, luego se burlaron, finalmente nos golpearon”.

—Esos hombres lamentarían más tarde lo que les hicieron pasar. Su padre

no se encontraba allí ¿verdad? Presiento que lo adivinaron pronto.

“Bueno, es tal como usted dice, nuestro padre no parecía estar en ningún lado. Por otra parte, huir de casa empezó a costarnos. Hacía frío por la noche, y no había que comer. Ya no teníamos fuerzas para sobrevivir, mucho menos para buscarlo. Me asusté mucho el día en que mi hermana se quedó tendida en la calle, entonces supe cuánto nos necesitábamos, pedí ayuda, lloré, aunque las lágrimas apenas salían, y eso me debilitó muchísimo. Llamé a papá, no sabía que más hacer, me tendí en el suelo junto a ella y esperamos.”

—¿Entonces murieron? —Preguntó incrédulo el ente pálido.

“No, claro que no. Aunque por momentos lo sentimos. Un dolor profundo en las tripas, que era opacado a veces por fuertes punzadas en el pecho, cada que lo recordábamos a él. Pero una vieja nos recogió, nos dio pan rancio y manzanas secas, y pronto podíamos ponernos de pie nuevamente. Se jactaba de que nos había salvado la vida, y que deberíamos trabajar para ella y así pagar nuestra deuda. ¿Qué más nos quedaba? Aceptamos, al fin y al cabo, ella no escucharía negativas.”

—¿De qué trabajaba esa mujer?

“Yo no lo llamaría trabajo. Pedía caridad frente al parlamento, pero los soldados no eran muy amables con ella, así que lo hacía de forma discreta. Nos enseñó a dar lástima, nos vestía con ropas sucias. Al principio tenía la idea de mandarnos individualmente, pero viendo que jamás nos separaríamos, hizo suya la idea diciendo que dos son mejor que una. Por la mañana nos ensuciaba la cara, y por la noche nos lavábamos en una pileta. Ahora que lo pienso, no creo que fuimos miserables, la verdad es que era divertido que la gente sintiera lástima. Necesitábamos atención, y las personas nos la brindaban. Los que frecuentaban el parlamento nos llamaba las réplicas. Claro, al llegar, la vieja nos arrebataba todo y nos mandaba a dormir. A veces nos daba caramelos antes de salir, supuestamente incentivándonos a hacer un buen trabajo. Me pregunto qué es lo que sabría hacer ella mientras no estábamos. Lo que sí conocíamos era que salía en las noches, le interrogamos una vez por la razón que la llevaba a hacerlo. Solamente dijo que en el día debía estar más alerta que en la noche.”

“Estuvimos a punto de olvidar a nuestro padre, la vida que llevábamos no era del todo miserable, como dicen muchos. Pero un día, simplemente, nos aquejó su recuerdo. Al parecer nuestros semblantes de tristeza conmovieron mucho a la gente. Cuando llegamos con la vieja, esta nos dijo furiosa que habíamos recolectado demás, nos preguntó que qué haría con tanto dinero. Finalmente, con un gesto muy hosco dijo que ya no trabajaríamos para ella, y que nos enviaría de inmediato con nuestro

padre.”

“El dinero de ese día se lo pagó a un anciano soldado que llevaba armas de un lado a otro. Casi sin querer mirarnos, dijo que nos llevaría a Hamburgo, que allí estaremos más cerca de encontrar a papá. Jamás hubo nada que nos hubiera puesto tan contentas. Recuerdo que me temblaban las piernas de la emoción cuando nos subieron en el vehículo. ¿Cómo puede palpitar el corazón tan fuerte? Parecía un reloj, dispuesto a contar las horas que nos separaban. Pasamos horas ocultas en la oscuridad, tomadas de las manos heladas, de vez en cuando el anciano nos lanzaba algo de comida o agua. Finalmente, Hamburgo se hizo presente, habíamos llegado. Sé que me lo imaginaba más llamativo, pero estaba casi desierto cuando arribamos, el camión disminuía la velocidad a cada instante” La niña calló.

—¿Y qué pasó después? —los ojos las miraban con suma impaciencia, ansiosos por un desenlace.

“Eso es un poco borroso, creo que sucedió demasiado rápido, pero intentaré recordar todo lo que pueda. Estoy segura de que se escuchaba un zumbido en el cielo, y de pronto… ¡Eso es! ya lo recuerdo, una sirena comenzó a sonar haciendo un ruido espantoso. Fue cuando el camión se detuvo en seco y el anciano que lo conducía salió corriendo espantado por una de las calles. Nosotras salimos de la parte de atrás, el sonido ensordecedor de las sirenas nos estaba volviendo locas. Miramos por casualidad al cielo, un montón de aviones sobrevolaban la ciudad, estoy segura de que llevaban una estrella blanca sobre fondo azul. Me invadió la enorme necesidad de abrazar a mi hermana, Lo hicimos, nos estrechamos fuertemente y cerramos los ojos. Tal vez si todo estaba oscuro, no pasaría nada. Ruidos espantosos de cosas rompiéndose atormentaron nuestros oídos, durante largo tiempo sentimos como el mundo parecía derrumbarse, luego, todo fue silencio, silencio súbito, maravilloso, reconfortante. Pensamos que no debíamos abrir los ojos todavía, con miedo a que este desapareciera.”

—Me parece una decisión muy acertada, corazones.

“Fue cuando alguien nos llamó la atención. Un caracol, fue algo emocionante, un caracol enorme nos llamó como si nos conociera de toda la vida, dijo que nos apresuráramos y que fuéramos de prisa a trabajar. No nos atrevimos a preguntar nada, son muy intimidantes esos bichos. Así descubrimos nuestra próxima ocupación; la boletería de los halcones; unas aves gigantescas, que también hablaban. No estoy segura de a qué país habíamos llegado, pero juraría que alguna vez habíamos oído hablar de él. Sellábamos boletos y los cobrábamos con lágrimas, al parecer estas se usaban como moneda. Conocimos a muchísima gente de un montón de lugares inimaginables, y vivíamos muy bien y en completa armonía. Cantábamos canciones, hacíamos carreras y jugábamos con nuestros

vecinos, la mayoría eran animales y bichos raros, todos bien vestidos y civilizados, pero también eran muy divertidos. Hablábamos de cosas graciosísimas, pero otras veces contaban cosas tristes, sobre todo en la noche, donde la melancolía parece cobrar fuerza.

"Eran tan desalentadoras las estrellas" La primera niña habló de nuevo.

"Sin embargo al día siguiente, se sentía solo como un viejo recuerdo. Creo que todo el mundo en la estación sabía que buscábamos a nuestro padre. Lo comentábamos muy a menudo. Un día se presentó a la estación un sujeto extraño, no sabría cómo describirlo…"

—No es necesario que lo hagas, mi niña. Continúa. Creo que voy sacando una conclusión.

"En fin, nos dio un frasco entero de lágrimas, dijo que huyéramos, que fuéramos al norte, siempre al norte. Tomamos varios halcones, luego gusanos, luego murciélagos. Dejamos atrás muchos lugares hermosos, conocimos a gente singular y amigable. Pero todo eso demoraba demasiado. Extrañábamos nuestro hogar y los lugares conocidos. Pensamos que tal vez papá ya no nos quería. Nos rendimos, ya no llegaríamos allá, estábamos enfadadas de todo. ¿Qué sacas persiguiendo algo inalcanzable? Llegamos a unos estudios donde se hacían películas, decidimos quedarnos allí para siempre. Nos acogieron un montón de criaturas divertidas. Nos enseñaron a actuar, hicimos una película juntos. Dicen por ahí que se vende en todos los rincones del mundo. Me pregunto si papá la ha visto, aunque creo que no."

—Pues al menos debe haber escuchado de ella —la uña raspó con suavidad la tez pálida—. Yo fui a verla tres veces.

"En ese estudio lleno de personas lo olvidamos todo. Ya no existía un padre, ni una tía, ni una vieja gruñona, ni guerra, ni hambre, ni depresión, ni pesadillas, ni añoranzas. En ese lugar tenías todo, podías ser quien quisieras y fingir que ibas a donde te plazca. Allí creabas tu propia historia. Era falsa, claro, pero peor es nada. La sorpresa nos alcanzó un día en el cual tuvimos una inesperada visita. Ese ser extraño que mencioné anteriormente nos descubrió allí. Nos regañó, dijo que se había equivocado con nosotras, que él creía que en verdad extrañábamos a nuestro padre y que éramos unas malagradecidas. Dijo que, si él tuviese un padre, lo buscaría hasta en la casa más alejada en todo el mundo. Esa persona nos volvió a abrir los ojos, nos despedimos con mucha pena de todos nuestros amigos del cine y continuamos nuestro viaje. Lo hicimos al pie de la letra, así los senderos se fueran encogiendo, y los paisajes fueron haciéndose más deprimentes y desolados a cada legua."

"Fue de esa manera cómo llegamos a la última casa en todo el mundo. Esperando que usted nos diga de una vez por todas, donde se encuentra

nuestro padre.”

—Se dice que siempre, lo que más deseas, te llega el momento menos pensado —la voz era tan adormecedora.

—¿De casualidad no es usted nuestro padre? La verdad es que tiene usted un timbre hermoso —la pálida sonrisa las compadeció.

—En verdad no recuerdo haber tenido hijos. Pero mucha gente me conoce, y al oír mi nombre tiemblan, esperando no encontrarse jamás conmigo.

—Es de esperarse. Con lo solo que está aquí seguro que no ha podido cortejar a ninguna dama. Pero nosotras no temblamos, es usted una persona muy agradable.

(Risas.)

—Me encantaría seguir charlando, la verdad es que me vendría de maravilla tener algo de compañía, pero aquí nada dura, excepto yo. Y supongo que ustedes, mis pequeñas, no desistirán de buscar a su padre.

—La verdad es que no hay ninguna excusa para no hacerlo.

—Bien, bien, sinceramente, es una pena que un par de niñitas tan jóvenes hayan tenido que llegar precisamente a este lugar en su búsqueda. Y no tienen otra opción. Su progenitor, a pesar de que quiso retornar a ustedes, no le ha sido posible.

—¿Entonces, en verdad sabe dónde está?

—En efecto, este es el lugar en donde los seres amados se encuentran una vez más, los que llegan primero esperan a los que arriban después, para luego hacer un viaje, todos juntos.

Las niñas se miraron mutuamente.

—Acompáñenme —el sueño las hizo aceptar sin preguntar—. Las llevaré con su padre.

Se abrió la compuerta de un amplio almacén. En las repisas, en las cajas de cartón, en las vitrinas, colgados de hilos o manteniéndose de pie con soportes de plomo; descansaban miles de figuras de porcelana. Hombres, viejos, mujeres y niños. Sus ojos pintados e inertes desplegaban paz eterna en la silenciosa tienda de muñecas.

—Hay algunos que tienen que esperar mucho tiempo. Otros que no esperan nada. Pero, siempre hay alguien con quien reencontrarse. Su padre no ha esperado demasiado, pero tampoco han llegado de inmediato. Tal vez algún día se pregunten por qué no han crecido a pesar de que han pasado años vagando por el mundo.

El pálido ser tomó una escalera y subió a lo alto de un estante. Al bajar, traía un muñeco de porcelana, ataviado con un impecable uniforme de soldado, la esvástica adornaba su brazo, portaba una bayoneta y un collar con retratos; los de dos niñas idénticas.

"Padre mío y de mi hermana. Dichosos los ojos que te ven. ¿Por qué no nos llevaste contigo?... No, mejor no nos lo digas, es malo ¿cierto? Ya vamos a casa. Tomaremos café con leche, y nunca jamás beberemos té" Las lágrimas adornaron sus ojos…

* * *

Un hombre viejo de ojos cansados entró en la tienda. Se apoyaba pesadamente en una pala.

—Me llevaré lo que me pertenece, si no te importa.

—Adelante —las pálidas manos le entregaron al anciano un par de muñecas de porcelana de idéntica hechura, llevaban vestidos floreados.

—Todo, lo que me pertenece.

Le extendió de mala gana el soldadito.

—Esos estampados en los vestidos… ¿No crees que son demasiado alegres para un funeral?

—Yo solo veo flores, viejo. Flores que adornan las tumbas.

—Es igual, tengo un amigo a quien le encantarían esas manchas.

—Lo que pienso, es que me ha faltado darle un pequeño detalle al soldadito.

—Te puedes quedar con la bayoneta. Yo le daré hilo y aguja. Sus hijas lo preferirían así.

Capítulo 4

Las Estatuas de Hielo

"Larga es la costa del mar

Como el hado crepuscular

Los días le han contado

Al reino fastuoso y frugal"

No hay nada peor que una enfermedad incurable, mucho más si se trata de una desconocida, como la que él tenía. Las opiniones de sus médicos eran varias, sus opciones a una cura, disparatadas. Pero eso no era todo, un sinnúmero de pensamientos lo hacían olvidar su precario estado de salud, hace días que su subconsciente trataba de imaginar las palabras que le habían dicho sus chasquis. Su cabeza intentaba dibujar a hombres barbados, montados en bestias cuadrúpedas sobre casas de madera que flotaban en el mar. ¿Serían dioses? No, él no lo creía. Debían ser hombres.

Un fuerte ataque de tos disolvió las visiones de su mente, y escuchó voces afuera. Su hijo, el que siempre lo acompañaba en sus empresas bélicas, hablaba con algún desconocido. <<Juro que mandaré azotar al próximo charlatán que cruce este umbral>>. Pensó apretando los dientes al ver que una sombra entraba en su habitación.

Una viejecita encorvada, de cabellos grises, piel curtida y macilenta, se hizo presente con una reverencia.

—Vete de aquí, mujer. No tientes mi falta de paciencia con remedios inútiles, solo déjame morir.

La anciana no se amilanó, una sonrisa compasiva le remarcó aún más las arrugas.

—No puedo dar crédito a lo que escucho —se acercó al lecho—. El indomable hijo del sol, el mismísimo Sapa Inca, resignándose a morir sin dar pelea.

—¡Más respeto! —se quejó Huayna Cápac antes de que le diera otro ataque de tos—. ¿A qué has venido y como es que te dejaron entrar?

—He venido a darte la opción de vivir, hijo del sol, y fue tu hijo quien me dejó pasar.

—¡Atahualpa! —llamó el inca. El aludido no se hizo esperar.

—¿Padre?

—Llévate a la anciana de aquí —ordenó—. Te he dicho que estoy harto de fanfarrones, ¡deja de empeñarte! Por esta vez seré benévolo y no le impondré ningún castigo.

El joven príncipe iba contestarle, pero la anciana lo detuvo y sin intimidarse reprendió al enfermo.

—Cuida tus palabras, hijo del sol, no vaya a ser que estés amenazando a la persona equivocada.

—No me asustas vieja, lo sabes bien. —Huayna Cápac se incorporó, demostrando su fortaleza—. En cuanto a mi paciencia, te advierto que la estás pisoteando.

—Mujer, es mejor que vaya al grano —Atahualpa obligó a su padre a recostarse—, o no podré salvarla de su ira.

—¿Cómo es que confías en esta bruja, hijo? —preguntó el inca intentando serenarse.

—He visto como curaba las enfermedades de los exploradores que mandaste a la selva. Incluso llegó a sanarme a mí de ese mal que me aquejaba —el príncipe tomó la mano de su padre—. Si no resulta, no volverás a ver un curandero nunca más, lo prometo.

—Déjame hablar a solas con ella —decidió el monarca. Atahualpa salió de la habitación con un semblante de confianza.

La anciana puso una mano en la frente de Huayna Cápac.

—Escucha hijo del sol, llevas razón al decir que no puedo curarte —la anciana suspiró—. Pero la persona a quien yo sirvo lo haría de buen grado.

—¿Cómo puedo saber que me hablas con la verdad? —el inca intentaba portarse amable.

—El precio que tienes que pagar justifica totalmente la veracidad de mis palabras.

—¿Y qué precio pones? —la cara del inca se ensombreció—. Ya muchos me han arrebatado sangre, piel y riquezas.

—Mi ama no es ninguna charlatana. Eso sí, te advierto que pienses bien antes de acceder, y piénsalo el doble antes de declinar —la anciana extendió la mano—. Renunciarás a todo, al Tahuantinsuyo, a tu posición y a tus derechos funerarios, y le entregarás tu vida a mi señora. Ese es el precio.

Huayna Cápac se quedó en silencio, en verdad lo que la anciana pedía era demasiado, además tenía razón, nadie en absoluto pediría tal cosa a menos que dijese la verdad.

—Una cosa más, hijo del sol —la anciana se puso muy seria—. Mi ama te curará, pero, si ella no te considera digno, te arrebatará la vida.

—Si me entero de que me has mentido… —Huayna Cápac no veía otra opción, al fin y al cabo, estaba viejo, ya tenía un heredero que reinara en Cuzco, mientras que Atahualpa fungiría muy bien como general en el norte. Sus otros hijos no le eran tan queridos.

—Ya verás que no soy ninguna habladora, hijo del sol —el inca y la vieja estrecharon sus manos sellando el trato.

—¿A dónde iremos? ¿Dónde vive tu señora? —preguntó enseguida Huayna Cápac.

—Ya lo sabrás. Primero debemos hacerte desaparecer del mundo — el inca no le entendió—. Todos deben creer que has muerto.

La anciana le pidió que la ayudara a meter un pesado fardo depositado afuera, al pie de la ventana. Huayna Cápac vio sorprendido que dentro había un cuerpo sin vida, una copia idéntica de él. Con cuidado le pusieron al muerto las ropas del vivo y lo acostaron en el lecho. La mujer luego sacó de la nada una infusión de hierbas y se la dio. El inca, asombrado, sintió como el malestar desaparecía. —Solo será por un tiempo —le advirtió la anciana.

—Yo voy a quedarme aquí a anunciar tu falsa muerte —le explicó la mujer, extendiéndole una bolsa surtida con víveres—. En cambio, tú debes ocultar el rostro y viajar hasta las faldas del Taita Chimborazo. Me esperarás ahí.

Huayna Cápac se hizo de un callado, y bien arrebujado en su poncho de alpaca tomó el camino hacia el sur, hacia la enorme montaña, sin tener la más mínima idea de lo que sucedía al alejarse. Su hijo el primogénito, afectado por su misma enfermedad, fallecía, al mismo tiempo que la misteriosa vieja anunciaba su propia muerte, en presencia de su hijo

Atahualpa y de sus generales.

Ajeno a todas esas tristes noticias, el anciano inca vagaba por los nocturnos caminos que atravesaban los Andes, agraviado por las enfermedades y adolorido por la edad, sorteaba la inclemencia del mundo, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo un ser insignificante, rindiéndose ante la grandeza de la Pachamama, dirigiéndose lento pero seguro al coloso volcán. Dejó atrás al "Guagua y al Ruco Pichincha", a los "Illinizas" al hermoso "Cotopaxi", al furioso "Tungurahua" y solo pudo saber que su viaje casi había terminado cuando se alzaba ante él "El Altar". No tuvo que caminar mucho más, con el ánimo apesadumbrado, mientras atardecía. Fue cuando "Taita Chimborazo" se hizo visible, apartándose las nubes, como rindiéndole pleitesía, para la satisfacción del apeorado inca.

Sería bastante atinado decir que Huayna Cápac corrió hacia él, presa de sus males y el mismo miedo a la muerte, se desplomó sobre las pedregosas faldas del coloso, y al no encontrar a nadie, desesperó.

—¡Anciana traidora! —vociferó el inca a la montaña—. ¿Dónde estás? ¡Mentiras! ¡Me mandaste a morir aquí!

El viento infame sopló con fuerza, haciendo que Huayna Cápac se desplomase ante su poder. El anciano inca se creyó un loco, el viento, imitando la voz de los mortales, atronadora y silbante, se dirigió hacia él.

—Salve, Huayna Cápac, hijo del sol. Te esperan desde hace varios días ya.

El incrédulo inca se arrodilló ante el viento, que hacía revolotear su poncho de un lado a otro. Quiso hablar, pero ni el mismo logró escuchar sus palabras, suprimidas por la fuerza inclemente del elemento.

—La dama te espera —habló entonces el viento—. A la anciana no la encontrarás aquí sino hasta mañana. Si te quedas donde estás, para el alba ya habrás muerto —el viento se suavizó y le dijo en voz queda—. Mejor sube a los dominios de la dama y resguárdate con ella, pídele la cura para tus pesares, y esclavízate a su voluntad por siempre, hasta que todo se caiga en pedazos y bien el mundo sea solo fuego o solo hielo, o simplemente hasta que tú te desgastes tanto que no seas nada más que polvo y tu alma se una a mí, flotando libre por entre los colosos nevados.

Estas palabras empequeñecieron aún más el orgullo del hijo del sol, el cual se limitó a seguir las indicaciones del viento, que daban vueltas en su cabeza como si solo hubiesen sido un vago sueño. Ascendió la montaña a obscuras, tanteando el suelo, tosiendo con muchísima más frecuencia y maldiciendo su suerte. Fue cuando, sin fijarse mucho, la encontró; la morada de la dama que supuestamente lo curaría, allí cuando el sol

asomaba de nuevo, justo en la delgada línea que separaba la tierra y la nieve, había una gran plancha de madera tallada, de la cual el inca desconocía su funcionamiento. Vio también una cuerda que colgaba de una campanilla, con lo cual pareció deducir el porqué de cosas tan extrañas en la gran montaña. Hizo sonar la campanilla, (muchas más veces de lo adecuado) y la plancha de madera, sin pena ni gloria, le abrió paso al interior de una cueva.

Podía haberse tratado de cualquier otra caverna, húmeda, incómoda y demasiado fría para el gusto del gran Sapa Inca, acostumbrado a dormir junto al fuego y bien resguardado por colchas de lana en compañía de su mujer. Pero esa galería de pasadizos era una evidente excepción, Huayna Cápac se encontró ante una cueva perfectamente alumbrada, con lámparas de aceite, de las cuales él desconocía su existencia. De las paredes colgaban magníficos óleos de "Inti" el dios sol, la grácil luna "Quilla", la querida "Pachamama" e incluso el tenebroso señor del inframundo: "Supay". El inca reconocía los dibujos, pero ignoraba totalmente la forma tan extraña de pintarlos. Había bustos de grandes señores del otro lado del mar, seguramente de dónde venían los misteriosos hombres barbados, también posaban disecadas magníficas piezas de cacería, venados, llamas, osos, pumas, entre muchos otros.

Huayna Cápac observaba maravillado la gran cantidad de objetos incógnitos que lo rodeaban, pero no se sintió abrumado ante lo desconocido, simplemente miraba fascinado, un mundo que supuestamente debería estar privado para él, una realidad que se distanciaba de su cultura por espacio de varios siglos de ingenio humano.

—No es muy educado irrumpir en la morada de un extraño y no esperar en la sala de estar —habló una voz dulcísima, casi empalagosa, detrás de él.

Huayna Cápac dio la vuelta, confuso, y se topó con lo más maravilloso que había visto jamás. Ante él, apoyada en el marco de una puerta, lo miraba una mujer bellísima, de esbelta figura, mentón firme y una mirada perspicaz. En apariencia parecía una muchacha en el apogeo de su juventud, pero su mirada denotaba la sagacidad de una mujer vivida. Aunque, tenía ciertos rasgos que la diferenciaban de un ser humano; su piel era extremadamente pálida, tanto que presentaba un tenue color azulado, sus cabellos eran plateados, pero no la hacían ver vieja, y lo más característico eran sus ojos, con un iris carmesí y la negra pupila en forma vertical como la de un reptil. Huayna Cápac apenas pudo dar crédito a sus ojos cuando una bífida lengua asomó por entre los finos labios de la dama, pintados de negro profundo. El habla lo abandonó.

—Bueno, creo que lo dejaré pasar esta vez —manifestó con su voz azucarada la dama—. Se bienvenido al mundo escondido, Huayna Cápac inca, hijo del sol y señor del Tahuantinsuyo. Y vete preparando, esta es la

última vez que alguien se refiere a ti con todos esos títulos, ya que desde ahora solo serás Huayna Cápac.

El viejo inca aún estaba demasiado perplejo como para atreverse a decir algo.

—¿No me respondes? —la dama arrugó la nariz—. Incauto eres en verdad, hijo del sol. Mis oídos están atentos a las frases que puedas soltar, pues debo juzgar tu valor de palabra, porque tu porte se ha perdido y tus fuerzas han menguado, en el ocaso de tu reino. El sol se pone para ti, Huayna Cápac.

—¿Dónde estoy? —alcanzó a susurrar el inca, frotándose los ojos. Por unos segundos, la enfermedad pareció disiparse, sin embargo, ahora que comenzaba a tomar conciencia, la pesadez de la muerte embargó su espíritu.

—No soy partidaria a repetir lo que he dicho —la dama se aproximó, le ganaba al inca con más de una cabeza, la lengua se escapó de los carnosos labios negros una vez más—. No porque se gasten mis palabras, sino porque escucho tus opacos susurros, Huayna Cápac, y yo hablo claro, así como oíste sin escuchar que estás en el mundo escondido.

—¿Eres tú la gran señora de la que me habló la anciana? —Huayna Cápac no logró retener la mirada en los ojos rojos de la mujer—. ¿Eres tú quien puede curarme?

—Osado hijo del sol. He de repetirte que no debes ser impertinente —la dama se paseó por la estancia, con suma suficiencia—. ¿Por qué merece ser curado el más grande de los hijos del sol? ¿Qué precio tan grande vale su decadente vida? ¿Qué premio o satisfacción representaría para mí?

Huayna Cápac sentíase sumido en un sueño. ¿Estaría muerto ya? ¿Su cadáver quedaría congelado bajo las nieves eternas de Taita Chimborazo? Lo que ahora presenciaba debía ser el inframundo.

—La anciana me ha engañado —Huayna Cápac apretó los puños, abatido—. ¿Mundo escondido dijiste? ¿No es más bien el mundo de la muerte en el que me encuentro? ¿Qué percances le esperan al alma de un cadáver perdido?

Los bellos ojos verticales chispearon, con un brillo sagaz. La bella voz embriagadora habló con emoción.

—¿Tanto te preocupa, Huayna Cápac? ¿Desde cuándo creíste que has muerto?

—Morí congelado en las faldas de Taita Chimborazo. Si eres ama de la muerte, bien deberías saberlo —el Sapa Inca tomó asiento sobre el suelo, ignorando la utilidad de los mullidos cojines de colores esmeralda y granate.

—Al salir de tu mansión —dijo la dama, parsimoniosa—. ¿No presenciaste a uno igual que tú?

—¡Es verdad! —Huayna Cápac suspiró, lleno de alivio—. Era mi cuerpo el que vi, y no una copia como dijo la anciana. ¡Veía mi cuerpo inerte desde mi alma! Mi alma viajó hasta aquí, engañándome.

La dama se quedó callada un momento, mirándolo, parecía divertida. Entonces, de súbito, rompió a reír, dejando ver un par de filosos y brillantes colmillos blanquecinos que sobresalían de su boca.

¿Estás seguro, hijo del sol? —la dama guardó la compostura—. ¿Qué hay de la pesadumbre que sientes? ¿Puede un alma concebir aún el dolor de la enfermedad?

—¿Puede…? —Huayna Cápac la contempló, extrañado—. Es verdad, aún siento como si la muerte me llegara… —como confirmación, un ataque de tos se apoderó del inca—. ¡Te ríes de mí, mujer! —estalló—. ¡Al igual que la anciana, al igual que los charlatanes!

—Bajarás el tono frente a mí, hijo del sol —la dama se irguió, imponente—. No hablas con un igual —luego aplacó su emoción, al ver que el inca palidecía—. En cuanto a mi engaño, deseo saber cuan maleable es la mente de los hombres, cuan manipulables pueden llegar a ser si se les infunden las ideas adecuadas en la cabeza.

—¿Quién eres tú, señora? —preguntó Huyna Cápac, apelando a la cautela—. ¿Diosa acaso?

—Responderás antes mis preguntas, y habrás de ganarte mi favor, hijo del sol —la dama volvió a replanteárselo—. No te queda mucho tiempo, así que dime; ¿Qué es lo que vales?

Huayna Cápac se mantuvo pensativo, por varios minutos analizó su situación. ¿Qué podía valer ante los ojos de mujer tan imponente un viejo enfermizo? Para su pueblo ¿Qué valía? Para su familia, para quienes lo admiraron y quienes lo detestaron. La prudencia se apoderó de sus palabras, y habló, imparcial.

—Para usted, señora, ¿Qué valgo? —la dama suspiró, aunque no lucía impaciente—. Para los hombres, ¿Qué valgo? Para el mundo, para la muerte…—Huayna Cápac hizo silencio, dejando que el tino escogiese las

palabras—. Así enfermo como me encuentro, nada.

—¿No vales nada, Huayna Cápac?

—Absolutamente.

—Morir sería entonces el camino, hijo del sol.

—Sin embargo, se me ofreció una oportunidad —el inca luchaba contra la pesadez de la enfermedad que nublaba su mente—. O no hubiera llegado hasta aquí. ¿No es verdad?

—Continúa —lo instó la dama.

—No es importante en verdad mi validez ahora, sino después de que usted me cure —Huayna Cápac fue adormilándose, reprimiendo la tos lo mejor que podía—. Si es que en verdad puede disipar mis males. Si en verdad puede retroceder los años de un hombre, podría demostrarle lo que llegué a valer para los míos…

—¿Y aún dudas de mí, Huayna Cápac? —la dama se acomodó en el cojín, junto al inca.

—El que sea usted imponente y bella, solamente demuestra que desciende de buena familia —el inca no lo creía así, pero consideró prudente halagar a la dama, pues se estaba quedando sin tiempo—. Yo pongo a prueba su capacidad, para que después, usted haga lo mismo conmigo.

—Truculentas son tus palabras, hijo del sol —la dama sonreía, los dientes brillaban—. Cualquiera diría que suenas como un embaucador, timador, embustero. Estás oxidado y carcomido como el hierro viejo, pero te la das de plata reluciente cuando miras tu pasado.

—Mi descendencia lo confirma —Huayna Cápac perdía las fuerzas, tuvo que reposar su espalda contra la dura roca de la caverna.

—Miles anexionaste bajo tu estandarte, a cientos enviaste lejos de sus familias para evitar revueltas, a incontables los mataste —la dama hablaba, parca—. Tu descendencia ha sido opresora. Las almas de quienes murieron para conformar tu vasto imperio, valían tanto como diez millares de Huayna Cápac. Eran humanos, como tú.

—No descendían de…

—Ya no hables más, hijo del sol, poca es la vida que te resta —la dama le cerró la boca al moribundo monarca—. Te pondré a prueba, pues así lo pediste. Te daré cien años, ni más ni menos. Ese tiempo también fungirá

como castigo, por creerte más de lo que vales, por menospreciar las almas de tus iguales. Huayna Cápac, te condeno a cien años de tormento; verás como toda tu "lucha" fracasa sin que puedas hacer nada. Y cada vez que tu pueblo sufra por las consecuencias y tu alma se lamente, tus nervios se retuerzan y las lágrimas mojen mis salones, te verás obligado a crear una estatua, una por cada vida, una por cada injusticia, una por cada error que cometa tu legado. Así y solamente de este modo, tu alma valdrá el precio que le pones.

—¿Y si me niego… y lo que prefiero es morir?

—Cómo has llegado hasta aquí, no te será tan fácil, hijo del sol —la dama se mostró serena, aunque sus palabras eran duras—. Si lo que quieres es morir, entonces debiste quedarte en tu palacio. Si no cerramos el trato, igual cumplirás tu siglo de castigo, y luego, con mucho gusto te serviré de postre en mi cena —la lengua bífida revoloteó frente a la vista nublada del anciano inca.

—¿Me va a comer? —el inca quiso timar, y se vio saboteado.

—Fue lo que dije.

—Acepto entonces, señora —contestó zalamero, a minutos de que su corazón se paralizase.

—Ojo, Huayna Cápac —advirtió la dama—. El castigo busca tu arrepentimiento y redención. Si pasado el plazo, veo que no me sirves, o que no has aprendido tu lección, igual daré cuenta de ti en mi plato.

—Lo tomaré con seriedad —la voz del inca iba apagándose.

—Bien —la dama sujetó su brazo derecho—. ¿Aceptas entonces?

—Acepto —los ojos del inca se cerraron, el corazón se detuvo, y en el acto, la dama hincó los brillantes colmillos en su torrente sanguíneo, infundiéndole algo muy parecido a la vida, reclamando el alma del Sapa Inca por cien años de esclavitud.

Huayna Cápac despertó, sentía como si hubiese dormido por muchos años, descansando de todas sus fatigas. Se vio tendido en el lecho más mullido que hubiese sentido jamás, de telas tan suaves al tacto que parecían no tener costuras. El inca se incorporó con pesadez, frotándose los ojos, mirando a su alrededor. A primera vista, casi da un respingo de asombro, pues frente a él, colgado con las alas abiertas, posaba un majestuoso cóndor, inerte. Las alas desplegadas esparcían una poderosa sombra sobre toda la habitación. Poco pudo reconocer Huayna Cápac de aquella cámara, pues llamó su atención una persona sentada en la

ventana; la anciana.

—Salve, Huayna Cápac —lo saludó—. ¿Cómo se sienten tus viejos huesos?

—Mujer —el inca la miró, desconcertado, apenas recordando sus últimos momentos de lucidez—. ¿En qué embrollo me has metido?

—Creí decirte que mi señora te juzgaría digno o no de sus favores.

El pacto con la mujer bífida retumbó en la cabeza del otrora Sapa Inca.

—Me condujiste a mi juicio y perdición —por increíble que le parecía, Huayna Cápac no se sentía enfadado. Había descansado tanto que el odio era casi desconocido para él.

—Dije que mi señora te curaría, y henos aquí —la anciana le dejó ropas junto a la cama.

—¿Qué clase de lecho es este? —el inca miraba el camastro de madera, con suntuosos tallados.

—Tienes mucho que ver, y mucho que aprender —suspiró la mujer—. Debes vestirte, mi señora te espera para el té. Has dormido demasiado.

El inca se miró a sí mismo. Su aspecto físico no había cambiado en lo absoluto, sin embargo, la pesadumbre y malestar habían desaparecido y sus músculos se sentían vigorosos, como hacía años no los tenía.

—Debo admitir que cumpliste tu palabra —Huayna Cápac salió de la cama, de un solo salto—. ¿Qué es eso del té?

—Como dije —la anciana le tendió las extrañas ropas—. Hay mucho que debes conocer. Quienes viven en el mundo escondido deben aprender sus costumbres.

Con ayuda de la mujer, el inca fue ataviado con obscuro frac, corbata de moño blanca, y, con algo de insistencia por parte de la anciana, que, por cierto, había cambiado la túnica incaica por un pomposo vestido victoriano, Huayna Cápac se vio obligado a portar un nítido monóculo, sujeto por una brillante cadena de plata. Además, la mujer guardó un pañuelo en su bolsillo izquierdo, y en el derecho, un dorado reloj de cadena. Luego del parsimonioso cambio, la mujer quiso cortarle el pelo, pero, por más que lo intentó, no logro convencer al indignado Huayna Cápac, que, enfurruñado, fue a reunirse con la señora de la casa, que lo esperaba sentada ante una copiosa mesa, albergada bajo una de las miles

de cámaras que poseía la caverna.

—Buen día, hijo del sol ¿Cómo estuvo tu descanso? —saludó la mujer, perfectamente erguida sobre su silla. En los asientos contiguos, sentábanse varios y curiosos seres antropomorfos con cabezas de serpiente y piel escamada, de colores verdosos, grises y amarillos, había al menos veinte, todos finamente ataviados y educadamente sentados ante su señora. Para el inca, reservaban una silla en la cabecera opuesta.

—Saludos —contestó Huayna Cápac, confundido, mirando con recelo al resto de individuos—. He dormido bien.

—Toma asiento, por favor —lo instó la dama. Los otros seres asintieron educadamente—. Llegas tarde. El té se sirve puntualmente a las cinco, sin excepciones.

—¿Qué es eso del té? —Huayna Cápac vio frente a sí una reluciente y ornamentada taza de la que humeaba un líquido de aroma silvestre. Toda la blanca platería relucía, hecha de un material que el inca jamás había visto—. ¿Qué es todo esto?

—Mi señor Huayna Cápac —intervino la anciana—, permítame instruirlo correctamente en la ceremonia del té…

La anciana introdujo al hijo del sol en las complicadas y fastuosas normas del mundo escondido. Huayna Cápac, hacía caso omiso de tanta ceremonia, poniendo peros a cada enseñanza, sin embargo, tuvo que aprender, bajo la mirada estricta de la señora. Una vez se comportó a la altura de la situación, la elegante dama despachó a su séquito de acompañantes, quedándose a solas con el inca.

—Tu precario estado de salud no me permitió presentarme el día anterior —explicó—. Soy lady DeBrillianté, señora de la Arbitraria Justicia.

—¿La Arbitraria Justicia? —repitió el hijo del sol — ¿A qué se refiere, mi señora? —le había costado al principio hablar con lo que la dama llamaba “propiedad”.

—Me encargo de girar mi ruleta, y un mortal de entre todos los del mundo es escogido para ser ajusticiado por sus actos —la dama dio vueltas por la habitación, mareando al inca—. En esta ocasión, mi ruleta se detuvo en tu nombre, hijo del sol. No es coincidencia que estés aquí. No de la manera que tu suponías —la dama se percató de la inquietud de Huayna Cápac —¿Tienes algo que decirme?

—Sí, mi señora —se obligó a contestar el inca. El monóculo se deslizaba constantemente—. No me he sentido castigado hasta ahora. He comido y

dormido plácidamente. No hayo castigo en este lugar.

—No es aquí donde encontrarás pesares, me temo —la dama se acercó, abriendo la palma de su mano, donde guardaba un objeto curioso—. Tu castigo está en el exterior. En el mundo que dejaste atrás.

—¿A qué se refiere, mi señora?

—Este es un espejo, uno muy especial —la dama se lo entregó al inca, quien, asustado y receloso, recibió el brillante objeto, sosteniéndolo con cautela—. Mira en él —indicó la dama—. Tu castigo vendrá enseguida.

Huayna Cápac fijó la vista en el cristal, que fue tornándose en imágenes, vívidos acontecimientos situados en el imperio incaico. Se dio cuenta de que su primogénito, el heredero, había muerto. Vio el funeral, vio a los nobles curacas frotándose las manos, decididos a entronizar a alguien de su elección. El espejo le mostró también las penurias de la gente y el odio de los pueblos anexionados al imperio.

El corazón del inca se embargó de pesar. Sintió una carga tan profunda que soltó el espejo, espantado, dejándolo caer al suelo. Había visto cosas parecidas antes, pero ahora, le dolía, cada nimiedad, cada pequeña penuria le ardía en el corazón. Se vio desesperado, impaciente, y la cabeza, no lograba despejarla.

Corriendo, el inca se apresuró a salir de la pomposa cueva, atravesando la antes extraña puerta de madera, saliendo al gélido frío de las nieves de Taita Chimborazo. Allí el alma se relajó y parte del abrumador peso de la culpa, se alivianó, pero aún necesitaba desahogarse.

El inca comenzó a subir hacia la cumbre, ahí donde la nieve se endurecía, formando el hielo. Huayna Cápac descubrió asombrado que en su elegante cinturón llevaba colgado un pico. Entonces entendió su castigo. Con la herramienta en la mano, arrancó un enorme pedazo de hielo del volcán y con pesadez lo llevó hacia la cueva. Buscó por algún tiempo, hasta dar con una amplia cámara totalmente oscura y vacía, y allí depositó su material. Buscó lumbre y tomando un cincel, que uno de los bífidos habitantes le había entregado, se dedicó a tallar, pues la culpa se lo pedía.

Varias horas pasó Huayna Cápac picando, hasta que le salió del alma y el intelecto la imagen de un cóndor. En la fría caverna, las estatuas no se derretían y permanecían imperecederas. El inca vio asombrado su trabajo, sin embargo, la culpa seguía quemándolo, así que volvió a subir al nevado y se dispuso a tallar otra y otra, y una más, así hasta que cayó la noche y el agotamiento lo obligó a dormir sobre su suave lecho.

Al despertar, Huayna Cápac tuvo que dirigirse al desayuno, recibió sus lecciones de etiqueta, y para el medio día, luego de haber almorzado, el corazón nuevamente volvió a arderle. Una vez más, el inca subía a las nieves perpetuas y arrancaba un gran trozo de hielo que llevaba a su "taller" y le daba una forma. Cosas que vio, cosas que veía, cosas que soñaba, cualquier monumento salía de picar el hielo, y así varios meses pasaron hasta que la extenuante sensación de culpa, menguó.

—Has hecho bien tu labor, hijo del sol —lo felicitó esa tarde la dama, que miraba las bellas estatuas heladas con gesto de aprobación.

—Me halaga, mi señora —asintió el inca, que se veía ya muy diferente a quien era. Sabía llevar muy bien el monóculo y podía vestirse solo, pero eso sí, jamás permitió que le cortasen el largo cabello azabache—. Al fin siento paz, creo que he aprendido mi lección.

La dama meneó la cabeza, muy seria.

—Me temo que no es así, Huayna Cápac —señaló el espejo—. Deberás mirar otra vez, pues son cien años los que mi juicio te ha impuesto como castigo.

—¡No, mi señora! ¡No volvería a ojear ese artefacto infernal! ¡No ahora que me siento tan vivo! —Huayna Cápac se puso de rodillas, suplicante—. ¡No me obligue, mi señora! ¡Juro que he aprendido mi lección!

—No se jura en mi casa, Huayna Cápac —lo amonestó la mujer—. Ni tampoco se obliga. El obligar es un delito muy serio en el mundo escondido, así como el hurto y el homicidio. Yo no te obligaré a verlo, será tu propia naturaleza la que lo haga.

Dicho esto, la dama se retiró.

En efecto; Huayna Cápac luchó contra su subconsciente un par de días, pero no pudo contenerse, y una vez más, posó los ojos en el infame cristal. Las visiones fueron aún más desalentadoras.

Sus hijos, Atahualpa y Huáscar peleaban por el trono del Tahuantinsuyo. La sangre se derramaba, y su querido hijo destruyó su amada ciudad de Tomebamba, sacrificando miles de vidas. Una vez más, la culpa y el dolor lo ahogaron en lágrimas, y el pobre hombre precipitóse montaña arriba a extraer el hielo. Y pica, y cincela, una serie de nuevas estatuas surgieron de su arte por los meses siguientes.

Y así fue por cien años. Huayna Cápac vio al fin a los hombres barbados, horrorizado presenció cómo Atahualpa asesinaba a Huáscar, y a la vez, los "adelantados" daban muerte a Atahualpa. Vio cómo su imperio era reducido a la ruina, masacrado, vejado. Los hombres barbados se

asentaron en lo que alguna vez fueron sus tierras, oprimiendo a su gente, reduciéndola a la servidumbre. Profanaron sus lugares sagrados, y, finalmente, los hicieron sumisos.

La primera sala se llenó de bellas efigies, y el inca tuvo que solicitar a la dama que le proporcionase más espacio, lo cual le fue concedido. Por el lapso de cien años, Huayna Cápac vio infinitos horrores, esculpió más de un millar de hermosas figuras y llenó cinco salas enormes. Finalmente, un día, presa de la ansiedad, agarró el espejo, y lo que vio fue su propio rostro, joven y altivo.

Ese mismo día lo llamaron ante la presencia de su señora.

—¿Cuánto vales, hijo del sol? —la dama lo sopesaba nuevamente.

—¿Mi señora? —se sorprendió el ahora joven inca.

—Han pasado cien años —explicó la mujer—. Debo juzgarte una vez más, tu condena ha terminado y debo saber si eres digno de servirme —la mujer prosiguió—. Has cargado, en cierta manera, con el mal que causaste. Tu gente no sufrió estas peripecias por ti, fue el destino quien dictaminó que así sucediese con tu pueblo. Mi castigo, representa el que hayas tenido que vivir para presenciar tales atrocidades. Hoy todo eso ha terminado, y debo saber si estás listo para dejar tu mundo atrás.

—¿Va a cenarme si es que la decepciono? —preguntó con humildad el hijo del sol.

—En efecto.

—Ya veo —Huayna Cápac mantuvo silencio—. Considero que son muy bonitas las figuras que he tallado en todo este tiempo. Considero que en cierta forma he embellecido sus cámaras y me he acostumbrado a la usanza del mundo escondido. También, no siento rencor por los opresores barbados, pues tengo la impresión de que les llegará una calamidad que tampoco les deseo. Pero mucha gente murió, muchos me odiaron, ¿de qué sirvió todo este ejercicio si la única alma aplacada fue la mía? No ayudé a nadie más que a mi propio malestar…

—Mi juicio aguarda, hijo del sol —la dama suspiró, esta vez sí que parecía impaciente—. ¿Cuánto es que vales?

Huayna Cápac la miró a los ojos, de pupilas verticales, y contestó con seguridad.

—Nada, mi señora. Un hombre no vale nada a los ojos de la eternidad.

Pero su legado… eso ya es otra cosa.

La dama sonrió.

Capítulo 5

La Ópera Magna

Misceláneo

Pernicioso

Furibundo

Escandaloso

¡Estrepitosooo!

—Mis sinceras felicitaciones maese Paganini —habló el lobo blanco con una pizca de desgano—. El voto popular ha decretado que es su obra la elegida para el domingo cultural, y será tocada en cada teatro del mundo escondido.

Beethoven dejó caer sus partituras, Bach las arrugó y pisoteó, Mozart dedicó a reírse y Vivaldi miraba parco la escena, ni irritado ni satisfecho. En cambio, el maestro Paganini dedicaba una reverencia al consejo del mundo escondido.

—Les agradecemos señores, el que hayan dedicado su tiempo a tarea tan ajena a su común desempeño, el complacer a nuestra gente con sus bellos conceptos de ópera —Osiris el gato, sentado en su trono, los despedía agitando la pata muy educadamente, aunque esto poco interesó a los orgullosos maestros que se retiraron molestos—. Espero no vayan a perderse la obra —ya ninguno escuchó tales palabras.

—Lo felicito, maestro Paganini —el Señor de los Sepultureros estrechó con emoción (algo muy poco común en él), la gigantesca mano del virtuoso, que no paraba de reverenciarlos, así tosco como era, manteniendo el semblante muy serio—. En verdad cruzaba los dedos para que mis camaradas votasen por usted.

—Agradecido les estoy —respondió el maestro, haciendo entrega de sus partituras a Sir Raso, que de mala gana estrechaba su descomunal mano—. No se van a arrepentir. Sé que es la primera vez que se me encomienda una ópera, pero, me aseguraré muy bien de que llegue a ser

un éxito total.

—Confiamos totalmente en su capacidad Niccoló —Osiris era ahora quien, con sus dos pequeñas patas trataba de abarcar toda la gran extremidad que tenía la mitad del largo de su cuerpo—. Bueno, casi todos a excepción de Raso, que no ha hecho más que llevarnos la contraria.

—No se ofenda, maestro Paganini —se disculpó el pulcro lobo blanco—. Considero fervientemente la superioridad de las obras de maese Ludwig, y por ello, no estaré satisfecho hasta que usted me dé razones para lo contrario.

—Cuando mi magna ópera culmine, Sir Raso, estará usted de pie, con lágrimas en los ojos, ovacionando, eso se lo puedo jurar.

—No jure usted en el mundo escondido, maestro —Sir Raso lo miró, aún desilusionado—. Y agradezca al escaso gusto de un impulsivo gato negro y el sombrío anciano afín a la muerte. En esta contienda, era obvio que se decantarían por la personalidad más tenebrosa.

—¿Tenebroso? Por favor Raso, es un hombre, no un cuco. —protestó Osiris saltando de la silla—. Debo admitir que iba a decantarme por maese Mozart, pues es sujeto risueño y jocoso, pero al escuchar la técnica del maestro Niccoló… Raso, ¡dime que no se te crisparon los bigotes! Solo puedo decir palabras magníficas de sus dedos virtuosos.

—Yo nunca dudé de su capacidad —alardeó el Señor de los Sepultureros, recogiendo su pala y haciendo ademán de marcharse—. En fin, mucho tiempo tardan estos consejos, e infinidad de cuestiones tengo yo en mis propios dominios. Espero, maestro, me conmueva con su ópera magnifica el día del estreno.

—Muchísimas gracias —contestó el genio.

—Me marcho yo también —anunció Sir Raso, absteniéndose de felicitar nuevamente al maestro.

—Yo igualmente —respondió Osiris—. Hay un metraje a medio grabar que debo concretar. Será grandioso, para la función de la semana siguiente.

—Ehm —tosió el maestro Paganini— Perdone, señor Osiris, pero, debo hacer infinidad de preparativos igualmente, pero sepa que no tengo idea de cómo desenvolverme en este, su mundo escondido.

—¡Tonto de mí! —el gato negro, con delicado andar, refunfuñó para sí mismo—. Esos buenos para nada, todo se lo dejan a uno para que vea cómo se las arregla —el felino rebuscó entre su amplio pelaje y depositó sobre la colosal mano del violinista un frasco de lágrimas—. La parada de

murciélagos se encuentra hacia allá —señaló al oeste—. Pida uno que se dirija a la Plaza de los Cantares y allí busque con discreción a nuestro maestro de ópera; Lord DeAvignon le dicen.

—Comprendo —el violinista recogió el cofre con su instrumento, y también el sombrero de copa—. ¿Y qué es lo que hará maese DeAvignon para conmigo?

—Como dije —el gato lucía apurado—. Se trata del músico más célebre del mundo escondido. Lo ayudará en cualquier cuestión administrativa, como por ejemplo… audiciones.

—Agradezco vuestras consideraciones, milord —el maestro lo reverenció y dio la media vuelta.

—¡Una cosa más, Niccoló! —el gato negro lo miró seriamente, con sus ojazos verde amarillentos—. Es de más conocida su vida de exceso y placer, así que, desde ya queda advertido. Háganos llorar después de presentada la obra, pero no antes. ¿Quedó claro?

—Como el agua, milord.

El maestro Paganini, con el estuche y la maleta aferrados a sus enormes manos, el saco bajo el brazo y el copudo sombrero bien ceñido en la cabeza. El cabello negro y rizado le caía elegantemente sobre los hombros. Los zapatos lustrados y el semblante muy serio, dirigióse hacia el oeste, en busca de la vampírica parada. Una cueva oscura: en la entrada se encontraba parado un huevo de avestruz con patas y un par de pequeños bracitos que descompensaban su ovoide fisonomía. No tenía ojos destacables, pero, al parecer alcanzó a ver la lánguida figura del maestro y saludó, empeñoso.

—¡Maestro! Que honor el que su viaje coincidiere durante mi turno —con torpe y peligroso equilibrio, el huevo lo reverenció, inclinándose lo más que pudo antes de que su enorme masa lo venciera—. ¿A dónde se dirigirá maestro?

—A la Plaza de los Cantares —vaticinó orgulloso el músico—. Dicen que debo tomar un murciélago.

—En efecto, maestro. Tenga, tenga. —las menudas manitas del huevo sujetaron una vara larga de un color rojo brillante—. Es una lámpara, para que pueda usted ingresar a la caverna sin lastimar los ojos del transporte. Serían ocho lágrimas, maestro —el huevo extendió un frasquito a su rostro, pero vio decepcionado que Paganini le enseñaba el frasco repleto.

Paganini, acostumbrado a regatear, hubo de quedarse callado, pues nada sabía del valor monetario de una lágrima, y bien podían estarle robando,

así como haciéndole un descuento señorial. Prefirió hacer gala de su silencio entonces.

—Listo, maestro —el huevo le extendió un boleto recién sellado—, tercer pasadizo y cuente ocho entradas, allí encontrará sentado a su transporte.

—Gracias.

—No hay por qué, maestro. Muero por ver su obra.

<<Es el huevo más molesto que he visto>>. Pensó el maestro. <<Y lo peor, estaba totalmente desnudo, hay que ver la indecencia de los empleados públicos>>.

Entró a la obscura grieta, encontrándose con un amplio sistema de cuevas. Ante sí, tenía unas veinte entradas, perfectamente numeradas. Paganini, tal como el amable huevo indicó, ingresó por el número tres. Caminó alumbrado por la luz infrarroja de su vara "mágica", y vio, en fila, varias grutas igualmente etiquetadas; 3A – 3B – 3C… 3H. Ingresó por esta última. Allí dentro, en una pequeña cueva de cuatro por cuatro, aproximadamente, dormía colgada una gigantesca rata con alas (a la apreciación del maestro). Así, con aire de suficiencia, Paganini se plantó ante el enorme bicho, con algo de repulsión, claro, y se aclaró la garganta. El gran murciélago hizo caso omiso.

—¡Ehm! —tosió con más fuerza el maestro—. ¡Señor, creo que tiene trabajo!

Un ronquido profundo le contestó, proveniente de las fosas nasales del animal.

¡Señor! —insistió el maestro, sabiendo que el tiempo apremiaba—. ¡Despierte de una buena vez!

Un ojo irritado se abrió, y un estruendoso batir de alas hizo que el maestro se encogiese, nervioso. El gigantesco animal, de cabeza, apoyó las curvas garras en el suelo y con una voltereta se puso en pie.

—Ya, ya desperté, no sea pesado hombre, que uno no es bueno trabajando de día —se quejó el murciélago, frotándose los ojos—. A estas horas no se ve nada de nada.

—Pensé que los murciélagos eran ciegos —se extrañó el maestro.

—Casi, pero no. Vemos perfectamente —el gigante ser alado enseñó los colmillos, una mera formalidad entre los de su especie, aunque a Paganini le pareció amenazador—. Aunque en días tan soleaditos como este… es un suplicio —el murciélago dispuso a buscar algo entre las grietas de su

caverna. Sacó parsimonioso un par de gafas oscuras, colocándoselas con algo de dificultad—. ¡Ahora sí! Cuénteme, ¿a dónde vamos?

—La Plaza de los Cantares, por favor —anunció nuevamente el maestro.

—¿Tan lejos? —suspiró el vampiro—. No me dan suficiente "vino" como para trabajar estas extenuantes jornadas diurnas —el pobre animal nocturno, se dispuso psicológicamente, balbuceando unas cuantas frases motivadoras—. Listo, haga el favor de sentarse y agarrarse como pueda. Y permítame —añadió, como recordando sus modales—, noble señor, que le lleve el equipaje.

—No vaya a soltarlo en medio de las alturas —Paganini se deshizo de su preciado estuche, a manos del murciélago—. Llevo mi vida ahí dentro. Si se le cae, de por hecho que me arrojaré a recuperarlo.

—No se alarme y no amenace, amigo. Soy un murciélago, no una alondra —el ofendido vampiro batió las alas, en son de practica—. Luego quieren que uno les trate bien… si ni una mísera propina son capaces de dejar —esto último lo comentó para sus adentros.

Con una torpe carrerilla, el gigantesco murciélago salió de la cueva y alzó el vuelo. El maestro no había volado nunca antes en su vida, y cerró los ojos a la primera. Ya cuando su transporte se hubo estabilizado y la apacible brisa del viento hizo volar su sombrero, (lo cual ya lamentaría después, al encontrarse más preocupado en asirse bien del bicho), abrió los ojos y maravillose lo mejor que pudo, con la vista panorámica.

Dejaron atrás bosques extensos, un desierto plateado de arenas resplandecientes y enceguecedoras, unas cuantas imponentes metrópolis y amplias campiñas de labores variadas. Finalmente, al caer la tarde y cuando el maestro ya había casi perdido el miedo a las alturas, el murciélago descendió en una enorme plaza. Una pileta de trescientos chorros se erigía en el centro, y bandadas de miles de aves volaban, mientras que otras tantas se bañaban, pero eso sí, todas trinaban infinidad de canciones que solo ellas conocían.

El oído virtuoso del maestro podía aislar el sonido de un solo canto por entre los demás, lo escuchaba, ojos cerrados, juzgando la técnica del cantor, luego, o bien asentía, o bien murmuraba, concentrándose en un trino distinto.

—Servido, amigo —el murciélago se posó junto a la fuente, y depositó las maletas del músico en el suelo.

—¿Qué propina es que se les da a los murciélagos? —preguntó nervioso Paganini, temiendo lo peor. El vampiro sonrió, señalando el cuello del

maestro, que lo meditó unos instantes.

—Ya que —se dijo entonces, alzando la cabeza, dejando su cuello al descubierto—. Los ojitos achinados del animal relucieron a través de las gafas obscuras. Abrió bien la boca, hincando los incisivos y dando un trago del virtuoso néctar de la vida del maestro, quien, nervioso, lo apartó por si se engolosinaba—. Dese por satisfecho, señor murciélago.

—Agradecido le quedo, amigo —el murciélago elevó el vuelo, de vuelta a su cubil, a la vez que murmuraba—. Que dulce, ojalá hubiera más seres humanos en el mundo escondido.

Paganini se quedó parado en la plaza, los brazos en jarras. Los trinos de las aves llenaban el alma del maestro, inspirándolo a crear. Caminó hasta una banca pequeña y abrió su cofre del tesoro, sacando su violín. Con mucha prosa, afinó el instrumento, sin darse cuenta que las aves, escuchándolo, congregáronse silenciosas alrededor. Un pequeño gorrión, con una casi imperceptible boina sobre el copete, se acercó precavido y con su vocecilla, preguntó:

—Disculpe, caballero. ¿No será usted el maestro Paganini al que han llamado los grandes señores?

—En efecto, ese soy yo.

Un murmullo se desplegó entre los pajarillos, que hicieron silencio para que el gorrioncillo volviese a hablar.

—Espero, maestro, no le moleste si nos quedamos aquí, de pie ante su magna presencia, mientras nos deleita con su virtuoso tino de dedos y armonía —entonces dio un par de saltillos hacia adelante, insistiendo.

—No, claro que no —el maestro, parco como era, sonrió. En su tierra podía embelesar a cualquier hombre mujer o niño, sin embargo, jamás llegó a silenciar de asombro a una bandada de pajarillos cantores—. Será un placer complaceros.

El maestro se puso en acción. Inició con una suave tonada, pianísimo, como dirían los que de música saben, adagio, es decir, lento. Las avecillas parecieron acurrucarse al escuchar las bellas notas. Pero era Paganini, y una vez aletargó a su público, subió el tono de la canción, crescendo, cada vez más poderoso su arco, cada vez más veloces, los dedos surcaban las cuerdas con una digitación admirable, forte, de arriba abajo en una melodía sin igual. De pronto, un jilguerillo comenzó a cantar al son de la música, se le unieron más y más. Gorriones, alondras, canarios, ruiseñores, frailecillos, entre muchos otros. Los coros iban así:

Aquí en la plaza del pueblo,

Se han reunido a cantar

Aves de todos los nidos

Pues se quieren deleitar

Hoy nuestros coros se acoplan

Y nuestra orquesta coral

Canta en honor al maestro

Y su violín celestial

Desde las tierras remotas

Donde el sol sale y se esconde

Llegado al mundo escondido

No existe día ni noche

Toque señor Paganini

Haga llorar a su niño

Muéstrenos cuanto cariño

Le tiene usted a sus notas

Con el vibrar de las voces

La tarde pasa volando

La noche va silenciando

Los trinos van amainando

Aquí en la plaza del pueblo

Han acallado el cantar

Pues el maestro Paganini

Ha dejado de tocar.

—¡Bravísimo! —aplaudió Niccoló, poniéndose de pie—. Que coordinación, pequeños amigos. Estoy en deuda.

Humildes, los pajarillos le restaron importancia.

—Es nuestra única razón en el mundo, maestro —contestó el gorrioncillo—. Esperamos con ansias su ópera.

—¡Sin parangón!, ¡excelso!, ¡celestial! —el maestro se volteó, y ante él, se encontraba un oso hormiguero. Portaba un chaleco bordado muy elegante y una boina negra. Llevaba patillas y un fino bigote, además de un par de gruesos lentes de media luna—. Mis felicitaciones. Usted debe ser el maestrísimo, señor don Niccoló Paganini.

—En efecto —los elogios hinchieron la delgada constitución del maestro—. ¿A quién tengo el placer de saludar?

—Permítame presentarme, ilustrísimo maestro —el oso hormiguero le tendió animoso su gran pata de largas garras, del mismo largo que las del maestro—. Soy Emile de la Court Lord DeAvignon. Pero me conocen coloquialmente como Lord DeAvignon, a secas.

—Veo que se me ha adelantado milord —saludó Paganini, pues al fin estaba entre los de su estela, musicalmente hablando—. Iba precisamente a buscarlo, cuando los risueños pajarillos me han pedido que tocase algo para ellos. No podía negarme.

—Oh no, mi buen señor Paganini, no soy un “Lord”. Es decir, no es mi título, sino más bien mi segundo nombre —explicó el oso hormiguero con una risilla jocosa—. Sepa que aquí en estos lares, en mis tiempos claro está, acostumbraban a llamar a los niños de la siguiente manera; nombre de pila, apellido segundo, nombre segundo y apellido paterno. En ese

orden.

—Extraña tradición —fue lo único que atinó a decir el maestro.

—Bueno, creo que lo he entretenido demasiado, y seguramente quiera empezar ya a trabajar —Lord DeAvignon lo instó a caminar, sujetándole del brazo con sus garras curvas—. Tengo listo desde hace días un bonito despacho, donde usted podrá dedicarse a su bella música. Tiene vista a la fuente y un cómodo escritorio, construido especialmente para escribir música.

—Agradecido le estoy —Paganini comenzaba a sentirse en casa—. Además —añadió, pícaro—. ¿Podría mandar a traerme una botellita de coñac? El año no importa, sin embargo…

La risilla curiosa del oso hormiguero lo silenció.

—Mis disculpas, maestro —sus ojillos se movieron de un lado a otro, nerviosos—. Los grandes señores han ordenado explícitamente que usted no deberá beber una sola gota de alcohol hasta después de la función.

—Nada es perfecto en este mundo —suspiró Paganini.

—Lo siento mucho, maestro. Si hubiese sido por mí, le habría mandado a llenar una piscina de ese licor que usted llama coñac. Aunque, primero, aquí no conocemos esa bebida, y segundo, la ley dice que las copas de bebida no deben sobreasar los quinientos centímetros cúbicos.

—No es culpa suya, maese DeAvignon —le restó importancia el músico—. La culpa es mía, por no haberme medido en el pasado. Si hubiese sido un hombre más atinado, habrían accedido sin que se los dijera dos veces —Paganini entró a la acogedora casita de Lord DeAvignon, depositó sus trastos y estiró las extremidades—. Bueno, ¿Quieren ópera? Ópera tendrán.

Con ayuda del oso hormiguero, el maestro se acomodó en un agradable y amoblado despacho, donde, esa misma noche, (si es que así se podía decir a la oscuridad que cubría el mundo escondido), se dispuso a trabajar. Tres días le bastaron a un inspirado Paganini para acabar los cánticos y partituras. Fue enseguida a contárselo a su anfitrión.

Por largo tiempo leyó la obra el buen oso hormiguero, al final, con los ojos llorosos, se levantó a aplaudir al maestro.

—¡Maravilloso! Ha sido un deleite ser el primero en leer vuestra obra, maestro. Y lo será más aún el poder ayudarlo en las audiciones.

Ahora bien, la obra de Paganini llevaba por título lo siguiente: *I diabolici trovas del mondo nascost*. Y trataba, como no, de un buen caballero, al cual se le aparecen un lobo blanco, un gato negro y un hombre misterioso con una pala, instándole a componer la ópera más grandiosa que se ha visto jamás. Bueno, esa era la única parte de la historia que era fiel a los acontecimientos, pues aparecían constantemente demonios y ángeles, así como personas de su entorno, que tanto lo inspiraban y a la vez trataban de evitar que culminase su obra. El protagonista, recibió el nombre de Florentín. Entre otros personajes estaban los tres señores *"Il signore immacolato"" La micia nera"* e *"Il parco becchino"* Quienes eran las representaciones de Sir Raso, Osiris, y el Señor de los Sepultureros respectivamente. Además de personajes inventados como *Griniani*, un demonio. *La Dulce Señora Vespucci*, una especie de ángel, entre muchos secundarios que conformarían los coros.

—Espero que no le moleste que haya titulado mi obra de manera tan escandalosa —se disculpó Paganini—. Pues siento que estos títulos llaman más la atención, en lugar de poner nombres beatos y celestiales. A mi parecer, la gente necesita el drama y el tormento del mal, para que después, el bien surja como luz en la obscuridad. La obra se hará más llevadera si se esperan cosas funestas.

—Usted es el experto, maestro —le restó importancia Lord DeAvignon—. No ha de preocuparse por ello, aquí nos guardamos el juicio moral para el final.

—Perfecto —celebró Paganini—. Que empiecen entonces, mi amigo, las audiciones.

Penosamente, la magnífica ópera, escrita originalmente en italiano, se ha perdido, así que escritos estarán fragmentos de la obra, en esta, nuestra lengua vernácula.

Pasó entonces un mirlo, aclarándose la garanta.

—Maestro, he venido por el papel de Florentín —dijo con su gorjeo, y comenzó—. *Sacrílego, me han llamado. Triste y solo voy herrando, como un sueño sin cabeza, me he dejado a mi querida. ¡Oh Teresa, soy villano! ¡por Virgilio me has dejado! Quien te adora y quien te quiere ¡oh Teresaaaaaaa! (silencio) Alguien viene.*

—Falta, falta, pianísimo —el maestro cantó bajito—. Alguien vieneee. —usted estará en el coro, señor mirlo. ¡El que sigue! —anunció el maestro sin dejar paso a que el pobre se explicase.

Pasó una urraca, con su copete bien acicalado. Plantóse erguida sobre el escenario y cantó las líneas de *Il Parco Becchino*.

—¡Florentín! Oh muchacho desvalido, soy la parca que ha venido, en busca de tu cadáver. Pero veo que no has muerto, ¿qué ha pasado?, ¡desconcierto! Pues famoso eres en Viena, y tu tumba ya han abierto, y tu cadáver, algo incierto. Preguntando están vivos y muertos.

—No quiero escuchar más. El papel es suyo, magnífico —aplaudió Paganini, pasando un siguiente.

Entró entonces un cuervo, de cascada voz, queriendo nuevamente, interpretar al protagonista.

—Señores —se anunció con su hablar cascado.

—No, ni hablar —trató de detenerlo el oso hormiguero, conociendo sus nulas dotes vocales—. De media vuelta, señor Eustaquio, que no le consiento el siquiera aspirar a subirse a un escenario.

—No, déjelo cantar Lord DeAvignon —habló Paganini—. Algo interesante podría salir de la voz de un cuervo —el aludido, con una gran sonrisa, cantó, con su voz desagradable.

—No veis, señor, vivo estoy, tened compasión, joven soy. Si algo ha de morirse, pues es mi corazóoon. Mi amada me ha dejado, por un hombre letrado, la música ha cambiado por prosa y poesía, que manía de las damas…

—Suficiente, señor Eustaquio. Pero espere, no se vaya. ¿Estudió por si acaso las estrofas del demonio Griniani?

—Claro que sí maestro —aseguró el cuervo, haciendo gala de su buena memoria—. Toda la obra he memorizado, incluso las líneas de la Dulce señora Vespucci.

—No hará falta eso, mi amigo —Paganini reprimió su horror al imaginar al cuervo cantando la parte de la diva principal—. Cante ahora una parte de Griniani.

—Muchacho presumido, tus pecados han salido, y abajo, aguarda mi señooor. Tu alma se ha pesado, tu mal ha destapado, y te espera una ardiente redenciooon. ¡Acaba pues tu obra, músicos hay de sobra! Y cuando la culmines yo vendreee. De las patas te arrastrareee.

—Bien, mi señor Eustaquio, está en la obra. Reúna a sus amigos cuervos y mándense a hacer unos cuernos, pues usted será Griniani, y quienes lo

acompañen, su coro de demonios.

Con una emocionada reverencia, el cuervo se marchó.

—Jamás imaginé ver el día en que un cuervo participase con un papel principal en una obra —masculló Lord DeAvignon.

—Tiene la voz precisa —justificó el maestro—. Es rasposa y grotesca, pero conoce muy bien de afinación.

Así pues, continuaron las audiciones. Muchos grupos de aves fueron seleccionados para los coros, y en los papeles principales estuvieron también un ruiseñor, un gorrión y también un gallo, aunque eso sonase poco profesional.

Pero, faltaban los dos papeles más importantes. Ya muchos se habían presentado para encarnar a Florentín, pero el maestro no se convencía con ninguno. Por otro lado, ni uno solo había llegado a audicionar para el papel de La Dulce Señora Vespucci.

Fue cuando subió al escenario, un loro.

—Maestro, Lord DeAvignon —dijo humildemente—. He venido a audicionar para el papel de Florentín.

El oso Hormiguero se llevó una pata a la frente. Sin embargo, el maestro se limitó a asentir. Y el canto del aquel loro, con su voz semi-humana y artificial, fascinó al maestro.

—Me encuentro en la encrucijada, mi obra pronto he de acabar, sobre mi ciérnanse sombras, que nadie puede alejaaar. Y los bellos querubines, se han apartadoo de mí, ¡Tonto mi orgullo y mi vanidad! ¡Ahora Griniani vendrá a reclamar, mi vida y mi alma mortaaal! Pero es mi obra tan bella, que no lo puedo evitar, si por ella merezco la culpa, ¡Ven Griniani! ¡Llévame! ¡Yaaaa!

El maestro se mantuvo pensativo unos segundos, sopesando el virtuosismo de aquel loro (que para el oso hormiguero, era nulo). Finalmente se puso de pie y aplaudió.

—Espero, señor loro, que practique usted para el estreno. El papel es suyo.

El ave, entusiasmada, salió graznando de felicidad.

—¿Y ahora? —dijo Paganini, preocupado—. Nadie ha venido a audicionar para el papel de la Dulce Señora Vespucci. ¿Es que no hay divas entre las

aves?

—Las hay, maestro —el oso hormiguero ocultaba una miradilla de picardía—. Le pido mil disculpas por decírselo ahora, pero me he guardado lo mejor para el final. Nadie ha audicionado para tal papel, pues solo hay una gran diva en toda la Plaza de los Cantares —Lord DeAvignon señaló al escenario diciendo—. Señor Paganini, con usted, madame Túa.

En el escenario apareció una cacatúa blanca, de enorme copete, tintado levemente de amarillo, con las plumas impecables y acomodando su larga cola, deleitó con su canto a todos.

—¡Dejalo en paz Griniani malvado! No tienes derecho a su alma ya. Hasta el Señor, mi canto ha llegado y dispuesto está a perdonaaar. ¡Vengan a mí, mis querubines, saquen el mal de este mortal, pues sus notas disfrazadas son divinas en verdaaad!

Paganini solo pudo aplaudir, pues madame Túa tenía toda la técnica. Una autentica diva en verdad. Con las audiciones hechas y los papeles repartidos, restaron nada más las prácticas y con broche de oro, el gran y esperado día del estreno. Cabe destacar que las grandes y pequeñas personalidades del mundo escondido acudieron en tropel a presenciar la que llamaron "Ópera Magna", pues era novedosa la moción propuesta por el gran consejo.

Como era de esperarse, la impecable presentación dejó a todos en vilo por toda la velada. Sir Raso mismo no dejaba de clavar las garras en la silla, e incluso el Señor de los Sepultureros saltó de emoción a cada giro en la trama.

El coro finalizaba:

Notas beatas encierra Florentín,

en su obra camuflada.

Creyeron los demonios que era una oda

a su casa desvirtuada.

Grande eres Florentín

Al inicuo has engañado

Hoy asciendes a los cielos

Con un ángel de la mano.

Empero queda una cosa

De interés espectador

La magna obra ha entregado

A quien se la encomendó

Y Griniani en lo profundo

De los cuernos es llevado

Por sus mil y un demonios,

Esta historia ha terminado.

Los aplausos se prolongaron por más de diez minutos, las aves vitoreaban y el maestro hacía reverencias bajo una lluvia de confite y flores. Triste y parco lo conocieron los mortales, pero aquí sonreía contento.

Al acabar los festejos, el Señor de los Sepultureros lo condujo en gusano, lejos a través del mundo escondido, sin decir palabra. Aferrado a su violín, el buen maestro no sintió curiosidad por ello.

Bajaron en un paraje desolado, donde se alzaba solitaria, una tienda de muñecos de porcelana. De ella, salió una figura pálida y huesuda. En el acto, Paganini la reconoció.

—¡Usted! —habló incrédulo—. ¡Es mi doctor! Cuando caí enfermo y todos me daban por muerto… —entonces comprendió.

—Lo felicito maestro, ha sido una obra magnífica —dijo la pálida figura.

—Es por eso que vi a Mozart, Beethoven, Bach y Vivaldi, todos juntos

compitiendo conmigo… Todos fallecidos antes que yo… —en lugar de preocuparse, Paganini se irguió diciendo—. Ha sido un honor, señor.

Capítulo 6

Clarines y Trompetas

Para el oído, viejo koala

Con clarines y trompetas llegan a él

No es Cid Campeador ni Amadís de Gaula

Es Artemisio el bello, sobre su corcel.

Era ya de noche, en una hosca taberna de Sevilla, donde, si se ponía atención llegaban a escucharse las rugientes olas del mar. Don Azor de Domínguez y Almagro, natural de Aragón, disponía a apurar los últimos tragos de su tercer odre de vino, sin reparar en las consecuencias de su estado precario de ebriedad, evitando recordar que, a la mañana siguiente, lo esperaban para partir en el "San Juan de Dios" con rumbo a Canarias, y después el insufrible trayecto a las Indias. No era ninguna novedad, ya contaba tres veces que había "cruzado el charco", casi todas exitosas, a excepción de la primera, cuando desgraciadamente cayó presa de escorbuto a siete días de arribar en la Habana, faltándole un largo trecho hasta la fastuosa ciudad de Potosí, en el virreinato del Pirú.

En esos momentos, sentado como estaba, manteniendo un penoso equilibrio sobre su taburete, los ojos entornados y las mejillas todas coloradas, con una sonrisa absurda en el rostro, fue que, como por arte de magia o de la divina providencia, un vaso rebosante de purpúreo licor fue a depositarse en frente del caballero, como caído del cielo.

—Gracias señor, por estos dones —alabó don Azor al Altísimo, la "traba lenguada" y besando copiosamente el crucifijo en su cuello, sin percatarse de que una mano asía aún su preciado grial—. Ya podéis soltarla Señor —balbuceó don Azor, a la vez que trataba inútilmente de agarrar el vaso, que esquivaba su tenaza.

—Saludos, mi estimado, y salud —hablo una voz al momento en que don Azor alcanzaba a aferrar el vaso—. Bonita noche para ponerse como una cuba, ¿eh? Viejo bribón.

El lobo de mar, mareado como estaba, elevó la vista, reconociendo en el

acto el rostro de su benefactor.

—Melquiades pedazo de mequetrefe —balbuceó—. Venís en el momento propicio, ¡sienta, hombre, sienta! —la risa rasposa rebotó contra las paredes—. Tomemos unos tragos, pues mañana ya no habrá tiempo.

—Tan animoso como siempre, don Azor —contestó Melquiades, aunque no se sentó—. A rastras llegará usted mañana, y una multa habrá de pagar.

—¿Multa? ¡Qué osadía!, ¡Hombre!, ¡qué barbaridad!, a un honrado comerciante que se gana la vida… —don Azor se perdió en su alterado subconsciente.

—Es por eso que juzgo imperativo, don Azor, que suba usted a la nave a la hora indicada, o pasará un año lejos de los negocios, ahogando vuestra merced en vino, pagado por los caballeros que amasen su riqueza a vuestras expensas —Melquiades miró para otro lado, y entonces llamó a alguien—. ¡Juanillo! ¡Eh, muchacho, acércate rápido!

Frente a don Azor, se plantó parco un indio. De fuerte complexión, mirada sombría y una reticencia a la cabal servidumbre del indio promedio. Juanillo no le era desconocido tampoco a don Azor, cosa de cuatro años que había entrado al servicio de su camarada Melquiades. Era un jovenzuelo extraño, aún para los de su clase. Decíase descendiente de los bravos cañaris, que ayudaron a Pizarro en la conquista del Pirú. Orgulloso era, pues los látigos no borraron su mirada altiva, y era lento para el vasallaje, pero efectivo en las labores que se le encomendaba. Además, no se le daba mal el castellano, el cual hablaba con fluidez, y a excepción de ese acento canturreado (el cual no sería prudente tratar de replicar), se hacía entender sin dificultad alguna.

—¿Te has traído a Juanillo? ¿Cómo es que sobrevivió el condenado? —don Azor había visto perecer a muchos indígenas en alta mar.

—Cañari soy, don Azor —contestó con orgullo el mozalbete.

—Es de mi estima y confianza —argumentó Melquiades—. Y por esa razón lo dejo con usted, para que asegure su llegada a puerto a la hora acordada. Dicho esto, me retiro —Melquiades dio media vuelta, y le dijo susurrante a Juanillo—. Se acaba esas copas, y lo sacas antes de que el viejo zorro pueda llenar otro vaso.

—Sí señor —contestó el indio, sentándose parco frente al tambaleante don Azor.

Así quedaron ambos, mirándose por un tiempo. El joven Juanillo no desvelaba ni un solo pensamiento; el semblante imperturbable hacía imposible determinar su estado de ánimo. Don Azor lo miraba atento, más

por los efectos del vino que por cualquier otra cosa. Pasó largo tiempo embobado, sin atreverse a dar otro trago o emitir palabra, hasta que sintió la necesidad de hablar.

—¿Ves Juanillo? —balbuceó—. ¿Ves cuán grande es Sevilla?

—Así es, señor —contestó secamente el mozalbete.

—¿Quieres una copa, muchacho? —don Azor se sintió tentado a pedir otro odre.

—Don Melquiades no me permite beber alcohol —contestó—. Mucho menos en sus tierras.

—Sus tierras, sus tierras —se quejó el hombre, frustrado. Había tenido mejores conversaciones con Juanillo allá en las Indias.

—Don Azor —habló entonces el muchacho, justo cuando el aludido comenzaba a quedarse dormido—. ¿Ha oído usted hablar de la guerra de las Grebas Plateadas y de Artemisio?

El experimentado lobo de mar nada sabía de aquello, y por eso, se mostró extrañado. Si bien Juanillo era un converso, bautizado en la fe cristiana, también tenía fama de brujo y pagano, aún entre sus compatriotas conversos. Seguramente si la reina Isabel y Torquemada viviesen, el pobre Juanillo habría sido incinerado por su personalidad sombría.

—¡Artemisa! —habló don Azor—. ¿Es que ahora has escuchado de los griegos y quieres hacerte pagano a su estilo?

—¿Griegos? —repitió Juanillo—. No, don Azor, yo dije Artemisio… Artemisio el Bello le dicen. Caballero, como ese Amadís de Gaula.

—¿Ama?… A ese sí le conozco, muchacho —don Azor pareció recuperarse apenas del sopor—. Pero a ese otro que mencionas, de primeras, no me suena.

El muchacho guardó silencio un rato más, volviendo a aletargar a don Azor. Pasados unos minutos volvió a despertarlo.

—¿Los animales hablan en Castilla y Navarra, don Azor? —preguntó entonces Juanillo—. ¿Hablan y caminan sobre las patas, y visten como los blancos? ¿Acaso en Aragón lo hacen?

—¡Pero ¿qué dices, muchacho?! —esta vez, don Azor casi se desploma de su silla—. No te oiga el santo oficio y lleguen a quemarte por hereje. ¿Es

que estás loco? ¿Cómo van a hablar los animales?

—Pues en castellano, don Azor —contestó con seriedad el mozalbete.

—Pues no, salvo que sean pericos —contestó don Azor malhumorado. Ciertamente el muchacho era un poco zafado. Pero la curiosidad lo movió entonces—. ¿De dónde sacas esos disparates?

—Mi abuelo, don Azor —el joven indio miraba hacia la pared, perdido en recuerdos antiguos—. Mi abuelo me conto un día, que, en los tiempos de su abuelo, cuando el Sapa Inca Huayna Cápac era viejo, antes de que Dios y los blancos llegasen con la verdad, Kicuyu, mi antepasado, tuvo contacto con un pueblo de blancos y de negros, y de indios también, y todos vivían con bestias civilizadas, bajo la tierra misma.

Don Azor habíase quedado pasmado. Juanillo estaba loco de remate, sin embargo, embriagado y lleno de sopor, se sintió tentado a escuchar, pues le resultaba divertida la anécdota del muchacho. Y era lo que esperaba, pues en las largas y frías noches andinas, su pasatiempo era disfrutar con las leyendas de los indios, que tan bien se les daba el narrar con misticismo.

—Habla, pues, Juanillo —dijo don Azor entregándose al sueño—. ¿Qué fue lo que vio tu antepasado?

El joven indio habló, pausado, y bien le pareció a don Azor que le habían prestado boca elocuentes oradores de tiempos pasados, pues así expuso la historia.

Los grandes guerreros cañari, habitamos desde tiempo inmemorial en medio de los andes, fundando nuestra gran ciudad a la cual dimos el nombre de Guapondelig, la llanura amplia como el cielo. Luego llegó el inca Yupanqui, que con sus garras codiciosas trató de conquistar, por maza y por honda, nuestra tierra amada, fracasando. Hubo de pedir la mano de nuestra princesa para al fin concretar su dominio, pasando, la bella Guapondelig a llamarse Tomebamba. Mi antepasado, Kicuyu, era pues un afortunado que no se vio obligado a abandonar sus tierras, como muchos bravos cañaris lo hicieran por orden del inca. Vivió muchos años mi antepasado en las tierras de la creciente Tumipamba.

Dijo mi abuelo que, una tarde que Kicuyu regresaba de la labranza, cansado como estaba, se detuvo junto al río, para beber agua. Casi se cae de bruces, imaginará usted el susto que llega a pegarse cuando ve frente a sí, criatura extraña, la cual no alcanza a reconocer de buenas a primeras pues la sombra de los árboles oscurecía su bestial semblante, que parecía, por palabras de mi abuelo, cambiar como las ondas en el agua. Kicuyu quedose entonces, por espacio de segundos, tratando de descifrar la procedencia de aquel ser extraño, sopesando si debía salir corriendo

despavorido, o preguntar de dónde provenía. No pudo decidirse, claro está, pues el ente sombrío disparado salió, en dirección al gran palacio de Pumapungo, en palabras de los blancos; “como alma que lleva el diablo”.

Kicuyu, antepasado mío, valiente cañari como era, persiguió a la bestia por la pampa y las colinas, llegando a perderla en la entrada de la ciudad. En el suelo encontró entonces unas setas, de esas que él conocía moteadas, ahora llanas, sin sus pintas características, juzgando aquello como cosa extraña.

Regresó mi antepasado a su casa, apesadumbrado y temeroso, pues le gustaba que los desconocidos diesen la cara en lugar de huir como liebres a ocultarse en su madriguera, donde quiera que esa estuviese. Kicuyu tuvo funestas pesadillas esa noche, ¿quién no las tendría? Fue cuando, y seguro que ya se lo esperaba, abrió los ojos, y frente a él, alzábanse terribles las zarpas de la criatura amorfa que en la obscuridad acechaba. Temiendo por su mujer y sus hijos, Kicuyu se abalanzó furioso contra aquella criatura, sujetándose a lo que el creyó, las lanas de su lomo erizado, mientras que aquella bestia demoníaca profería aullidos de dolor y salía corriendo, viera usted, con mi antepasado colgándole del espinazo.

Corrió aquella criatura furtiva lejos, lejos de Tomebamba. Mi abuelo aseguraba que, certero, allí donde fundó Gil Ramírez la ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca, allí donde ahora se alza la Iglesia del Sagrario, había escondido, un agujero. Sin saber cómo y cuándo, el malhadado de Kicuyu, aferrado como estaba a la criatura, cayó derechito al hueco, que el juzgaba poco profundo, pero ya sabrá usted que en estas historias nada es lo que parece y cayó por largo tiempo en el vacío, olvidándose del demonio y preocupándose, por primera vez, en salvar la vida.

Mi abuelo se detiene entonces y toma aliento, pues emocionado narraba los acontecimientos. Dijo después que Kicuyu no supo a bien lo que le había acontecido, simplemente, perdió la conciencia. Si estampando su ser contra el piso, o por el miedo del vértigo, eso ni él mismo lo supo, la cosa es que despertó bajo la tierra, y ¡ea! Había luz, como la del sol, en un lugar extraño que jamás había visto ojo cañari. Al escuchar las palabras de mi abuelo, supe yo, que soy viajado, que eso era una ciudad como las de los blancos, solo que mucho más grandiosa y poblada. Allí Kicuyu vio, creyéndose aún en un sueño, o bien ya estaba muerto; gentes variadas de todos los colores, pero, más que hombres, que como usted o como yo, caminaban bestias, ataviadas con prendas coloridas y opacas, hablando con lenguas de hombres, con bastones y sombrillas, con anteojos y sombreros, más grandilocuentes que los de la corte, si me permite decirlo, del rey Carlos.

Pues bien, ahí estaba mi antepasado, parado en medio de las multitudes, percatándose de que todos veían con extrañeza las nobles ropas que el

mismo portaba, y se sintió cohibido y temeroso. Fue en su ensimismamiento, cuando de repente y sin esperárselo, una pata peluda y bifurcada posó sobre el hombro de Kicuyu y, en claro idioma, diferente del quichua pero que mi antepasado llegó a comprender perfectamente, le habló un guanaco, como dije, vestido de sedas, con cristales de aumento sobre los ojos y voz parsimoniosa. Si alguna vez viese un guanaco hablar, seguramente así lo haría.

—Disculpe, caballero. Hoy es martes por la tarde y los desfiles de moda se reservan para el lunes en la mañana, permítame decirle que está usted retrasado —la llama lo miró, con lo que mi antepasado creyó que era desdén—. Haga el favor de vestir apropiadamente para un martes por la tarde, está poniendo en vergüenza al resto de ciudadanos.

Kicuyu se mantuvo callado, salir corriendo como la sombra que perseguía no era una opción sensata.

—Oh, una cosa más —habló de nuevo el guanaco, parsimonioso, así como era—. ¿No ha visto usted por aquí al Robamanchas?

Kicuyu se limitó a negar con la cabeza, mientras intentaba escabullirse entre la multitud. Sin embargo, el guanaco lo detuvo, agarrándolo por el hombro una vez más con su fuerte pezuña. Esta vez la bestia lo miraba con desconfianza.

—Creo que va a tener que acompañarme, caballero… —lo miró de pies a cabeza y luego suspiró—. ¿Me permite su nombre, por favor?

—Kicuyu —contestó parco mi antepasado.

—¿Perdón?

—Kicuyu, ese es mi nombre, guanaco —contestó esta vez molesto.

—¿Gua… Guanaco? —el escuálido llamingo se veía ofendido—. ¡Pedante! —dijo, y pareció sonrojarse—. ¡Inculto, indecente! ¿Es que no ve el uniforme, señor mío? —mi antepasado lo miró, haciendo caso omiso—. ¡General de la Guardia Ciudadana! —vociferó el guanaco, arrepintiéndose después, pues varios individuos voltearon a mirar—. Sigfrido de Bloom, es mi nombre, y tengo muchos contactos, señor Kicuyu. ¿Podría darme ahora su apellido?

El silencio de mi antepasado alteró la paciencia del ahora presentado como Sigfrido.

—Ah, así que guarda silencio —Sigfrido lo empujó, instándolo a caminar—. Ya veremos qué le parece la sala de interrogatorios. Su carencia de palabras lo liga más a la presencia del Robamanchas en nuestra ilustre

ciudad.

—¿A dónde me lleva? —protestó entonces Kicuyu.

—A prisión, señor. Es usted un criminal hasta que se demuestre lo contrario.

—Solo quiero ir a mi casa —se quejó mi antepasado, pero, a pesar de que era flacucho el guanaco, tenía fuerza en las patas, y no lo dejó ir. Kicuyu decidió seguirlo, y esperar una oportunidad para buscar el agujero que lo había traído hasta allí.

—Eso dicen siempre, trúhanes, díscolos. Todos quieren ir a casa cuando se avecina la guerra —comenzó a balbucear Sigfrido, bastante molesto—. Gracias señor, me ha hecho usted el día.

—¿Guerra? —preguntó Kicuyu, el espíritu bélico despertóse en su interior—. ¿Dónde hay guerra?

—¿Es que vive usted bajo una piedra? —Sigfrido lo miró incrédulo al detenerse en el cruce de una calle—. ¿Cuál más que la de las Grebas Plateadas? La provocada por el fallo del consejo a favor de colocar postes cilíndricos en lugar de cuadrados para los nuevos faroles. Los "cuadradistas" estallaron en senda rebelión, y avanzan poco a poco hacia la ciudad, armados todos con sus infalibles grebas plateadas que les cubren el talón de Aquiles de todo mal.

—¿Y con que se defienden ustedes los llamingos? —preguntó imprudentemente mi antepasado.

—¿De qué familia es que proviene usted? —Sigfrido entornó los ojos, molesto—. A juzgar por su impertinencia lo consideraría partidario del truhan de Robamanchas, y es por eso que debe acompañarme.

—¿Y quién es ese Robamanchas?

—¿Va a seguir usted haciéndose el tonto? —Sigfrido lo empujó—. Sabe bien quien es su señor. Ahora no me cabe duda de que usted ayuda a ese vil ladronzuelo. El colmo de los colmos, es que con el avance "cuadradista", justamente se decidió a escabullirse por aquí un ladrón tan afamado —el guanaco lo miró—. ¡Y encima no vino solo!

—¿Y esa guerra, no la pueden ganar? —Kicuyu mantenía la calma, esperando el momento propicio.

—Pedimos ayuda hace días —la expresión le cambiaba a Sigfrido con cada comentario—. Enviamos mensajeros a los a todos los confines del mundo, pero, no hemos tenido noticias de que el consejo se haya vuelto a reunir.

Desgraciados de nosotros, destinados a cambiar nuestros tubos cilíndricos por burdas varas cuadradas. ¡Es el colmo!

—¿Tan cobardes son esperando a que los ayuden? —el espíritu de Kicuyu salió como fuego de su garganta—. ¡Levántense y peleen, por algo son pueblo! ¡En tiempo de necesidad cualquier casa es baluarte y cualquier palo es arma! ¿No eres guerrero, tu, guanaco uniformado, que me llevas a presidio, pero te escondes de los "cuadrados" esos? ¿No es tu deber defender a los indefensos?

El guanaco miró sorprendido al indio altivo que tenía en frente.

—No sabe de lo que habla señor, a leguas se nota que es foráneo —Sigfrido siguió caminando—. Los principales "cuadradistas", son la familia Cartwright, y sus seguidores son fieros y hoscos. Como trabajan en el campo son duros, no como nosotros, la gente civilizada.

—Patrañas —negó Kicuyu cada vez más envalentonado—. Nosotros los cañaris no nos dejamos de los Incas, y solo por la paz lograron contenernos, pues la guerra es nuestro fuerte.

—Veo que viene usted de lejos —Sigfrido trataba de ocultar su admiración hacia mi antepasado, que deseaba tener allí su maza, para enseñar a pelear al llamingo cobarde.

Nada más pudo decir, ni uno ni otro, porque entonces, aves gigantescas de rapiña volaron por el cielo, posándose en las altas torres de la ciudad, y de estas bajaban gentes zoomorfas, con uniformes aún más complejos que los del guanaco Sigfrido, y bajaron rápidos trayendo un mensaje cual heraldos de dioses de los cielos.

—¡Eh! —llamó entonces Sigfrido, al ver a un oso negro, robusto y bien parado asomar por la puerta de un edificio—. ¿Hay noticias de los nobles señores?

—Hay noticias de todo, Sigfrido —contestó con pesadumbre el oso, de modales menos parsimoniosos—. Dos malas y una buena.

—Dime las malas primero, mi estimado sargento —Sigfrido se distraía, pronto iba a ser buen momento de escapar.

—Pues sepa usted, Sigfrido, que las tropas "cuadradistas" avanzan. Ya pronto, a cosa de dos horas llegarán a la ciudad. Además, se reunió ya el consejo, y casi nadie se atrevió a venir en nuestra ayuda.

—¡Válgame! —Sigfrido se llevó las patas a la cabeza—. Espero que la

buena valga al menos por dos malas.

—Y así es, para buena fortuna, verás que las cosas se equilibran un tanto —contestó el sargento—. Pues el único que se decidió a venir en ayuda nuestra, es el hermano menor del alto señor Osiris, Artemisio.

—¡El cielo nos sonríe a los "cilindristas" en estos momentos de zozobra! —vitoreó Sigfrido, perdiendo totalmente de vista a mi antepasado, el cual, ni corto ni perezoso, rompió a correr perdiéndose más aún en la extensísima ciudad, a la cual su porte, mis oídos no daban crédito, ni tampoco los de mi abuelo antes que yo.

Corrió por varias calles Kicuyu, y cada vez le era más difícil establecer el rumbo. Las bestias lo miraban recelosas, al igual que los escasos hombres que caminaban, prosudos por la urbe. Escuchó entonces Kicuyu un gran barullo, sonaban clarines y trompetas, y la ciudad festejaba entera, y a las calles salían decenas de estrafalarios seres que vitoreaban aquí y allá. Mi antepasado se perdió en la multitud, escuchando hartos comentarios que decían <<Artemisio el Bello ha llegado a la ciudad. Salgamos a recibir al joven príncipe, pues en su corcel blanco cabalga solitario y altivo, y ni los cuadradistas han osado a detener su marcha>>.

Kicuyu era empujado, ya no veía ni donde estaba parado, pues tamaña multitud lo codeaba, pisaba y hasta le rompió su único par de sandalias. Se vio perdido en un mar de gentes, pensando que eso sería el crudo inframundo de Supay. Harto ya de tanto barullo, se abrió paso furioso, empujando a la asombrada multitud, buscando desesperado un lugar de respiro. ¿Qué más daba si no regresaba nunca a su Guapondelig? Solo quería paz por un momento. De pronto, se acabaron las humanidades que empujar, y mi antepasado, sorprendido se fue en blanco, cayendo de "hocico", como dicen por ahí, al suelo.

Kicuyu se levantó, mareado. A los lados, los singulares ciudadanos abrían una calle de honor, aplaudiendo y reverenciando a un caballo blanco, cubierto por telas y piezas de acero refulgente.

—¡Artemisio! ¡Artemisio! —gritaban a coro.

El gigantesco e imponente jamelgo, detúvose frente al indio, que en ese momento preguntó.

—¿Dónde es que está el famoso Artemisio del que todos hablan? Aquí solo veo un enorme animal de a cuatro patas, bastante raro entre los que caminan sobre dos nada más.

La multitud se silenció, pues mi antepasado había ofendido sus cánticos y había puesto a todos en vergüenza, deteniendo el camino victorioso de su salvador. Sin embargo, una voz calma y melodiosa, como la del arroyuelo

que baja de los grandes nevados, habló, dirigiéndose a Kicuyu.

—Acércate más, cañari —dijo, aunque Kicuyu no supo quién era el que le hablaba con tan bella voz—. Mira detrás del corcel blanco, y extiéndeme la mano.

Se acercó pues, reticente el indio, del que me precio ser descendiente, y ¡ea! Resulta que el gran Artemisio era en verdad muy bello. Eran ciertas las palabras que lo describían como alguien de semblante noble. ¡Cómo no iba a serlo si es que se trataba de un minino blanco, de mejillas grises y ojos azules como el cielo! El mosquete le colgaba del lomo, y el florete del cinto. La coraza, como la de los conquistadores, resplandecía cual diamante, y perdóneme otra vez por mis palabras, pero nuevamente, ¡su majestad el rey Carlos mismo, habría quedado sin habla ante semejante don caballero! Y a pesar de que los blancos llegarían mucho después del fallecimiento de mi antepasado, este se quedó maravillado, pues un gato jamás habíase mostrado tan majestuoso ante sus ojos.

—¡Disculpen! ¡Permítanme pasar! —la voz era conocida, pues se trataba de Sigfrido de Bloom, quien, una vez reverenció al bello Artemisio, dispuso a disculparse en nombre de Kicuyu—. Mi más sincero arrepentimiento, noble y alto señor —rezongó—. Es culpa mía el que haya tenido su magna presencia que toparse con tamaño e inculto patán, como oficial de la guarda, he de escoltarlo a prisión inmediatamente, con su venia, mi señor.

—No será necesario —contestó Artemisio, levantando la patita enguantada—. Es ayudante mío. Mi lugarteniente, a decir verdad.

Los allí presentes no llegaron a cerrar sus bocas del asombro.

—¡Válgame el cielo! —el llamingo se crispó, muy avergonzado—. Habría jurado que este caballero era partidario del Robamanchas.

—Los hombres del Robamanchas, mi estimado Sigfrido —explicó el minino—, no tienen porte de guerreros. Es un valiente luchador el que tienes en frente.

—Mis más arrepentidas disculpas, noble Artemisio.

El gatito inclinó la cabeza. Luego se dirigió hacia Kicuyu.

—¿Dónde te has dejado el caballo?

Mi antepasado meneó la cabeza, desentendido.

—Bueno, que ha de hacerse. Guiarás al mío, cañari.

—¿Cómo es que me conoce? —preguntó asombrado y cauteloso Kicuyu, tomando las riendas y caminando, sin atreverse a desobedecer—. Yo no lo he visto en toda mi vida.

—Soy vigilante de los hombres de noble corazón, fuera del mundo escondido —contestó con su bella voz—. Me inspiran los pueblos valientes, como el tuyo. Sé que no sabes dónde te encuentras, y que no estás aquí de buena voluntad. Es más, tienes suerte de que no te descubriesen como intruso, pues cosas desagradables te pasarían. Por eso, quiero proponer un trato contigo.

—Dime, noble Artemisio, ¿qué es lo que habrás de ordenarme?

—Pelea a mi lado en la batalla, pues nadie más lo hará —el gatito hablaba con palabras grandilocuentes—. Gana la guerra por mí y por mi gente dividida, y yo te regresaré a tu Guapondelig.

—Acepto, noble señor.

Así fue como partieron juntos a la batalla. Kicuyu, el noble cañari, con su maza en la mano y el escudo en la otra, y Artemisio el bello, montado sobre su blanco corcel. Y frente a ellos tenían a las tropas rebeldes de los Cartwright, con cientos y miles de ranas y porcinos en sus filas. Y cuenta mi abuelo que la batalla duró diez días, y que de aquí para allá iban el indio y el minino, aplastando a los desertores, aquí un mazazo, allá un disparo de mosquete, hasta que, acobardados ante la bravura de ambos, los cuadradistas se replegaron y huyeron aterrorizados, maldiciendo a los cilindristas por su suerte de contar con semejantes luchadores.

En la ciudad, llenaron a Kicuyu de atenciones y regalos, y festejaron la victoria por contados días. Kicuyu aprendió muchas cosas, y cuando todo hubo regresado a la normalidad, Artemisio se lo llevó con él, a lomos de los gigantescos halcones, hasta su hogar, en un lugar que llamaban los “Estudios”. Allí conoció Kicuyu a un sinfín de seres extraños, incluido al hermano mayor del bello Artemisio; Osiris, el negro.

Finalmente, le llegó la hora de regresar, y el noble Osiris abrió una puerta entre el tronco firme de un capulí.

—Ha sido un honor batallar junto a un hombre tan valiente, cañari —lo despidió el noble Artemisio, empujándolo hacia su hogar.

—¿Volverá a llamarme a las armas alguna vez cuando su pueblo se divida, hermoso señor? —preguntó Kicuyu, nostálgico.

—Me temo que no —fue la contestación del noble minino—. No fue nunca tu destino encontrar el reino escondido, y por ello te digo, no lo busques, pues nunca más lo encontrarás. No hables de él, pues nadie creerá tus palabras, y finalmente, no lo añores o tu vejez será pronta. Vive como si jamás hubieses estado aquí.

Kicuyu agachó la cabeza, apesadumbrado y triste. Jamás había visto a alguien tan grande y valiente, y jamás volvería a hacerlo.

—¿Y si el ente sombrío vuelve a aparecer ante mí, y vuelve a traerme?

—Oh, es verdad —Artemisio señaló sus vestiduras—. En tu cinturón, ahí guardas una seta poco común, marchita ya por la descomposición.

En efecto, mi antepasado llevaba aún la seta moteada carente de motas que se le cayó a aquella criatura, días atrás.

—El ser que viste, era nada más y nada menos que el Robamanchas —el minino se hizo quedar el hongo—. Tiene prohibido dejar rastro de sus fechorías so pena de juicio. Quería recuperar esta evidencia, ten por seguro que no volverás a verlo.

Kicuyu asintió, y demorando lo más que pudo, caminó de espaldas hacia el portal, para no perder de vista ni un último momento al bello Artemisio, que con su presencia embelesaba los ojos de quienes lo veían.

La puerta se cerró frente a él, encontrándose nuevamente en Guapondelig.

—¿Eso es todo? —don Azor se encontraba parado en el muelle, con los fardos listos para partir en el San Juan de Dios.

—Es el cuento más largo que me conozco —lo miró Juanillo, con su mirada altiva y parca.

—Es por eso que eres tan raro —don Azor palmeó el hombro del muchacho—. Te sientes orgulloso de tu antepasado y su aventura disparatada.

—Soy orgulloso, si, don Azor —Juanillo lo ayudó a subir los fardos a la nave—. Pero porque soy cañari, mas no por otra cosa. Y porque desciendo del único que peleó en la guerra de las grebas plateadas.

—¿Y te crees los cuentos de tu abuelo, pequeño truhan? —don Azor rio a carcajadas—. ¡Toma! —le entregó un par de monedas—. Cómprale tabaco al sinvergüenza de Melquiades, a ver si con eso se dedica a enseñarte lo

que es el sentido común.

Dicho esto, don Azor de Dominguez y Almagro se embarcó hacia las Indias. Planeó hacer una parada recreativa en la Guapondelig de Juanillo, solo para curiosear, según él.

Cuatro meses después, en la flota de Tierra Firme, partirían Melquiades y Juanillo.

Don Azor jamás llegó a Santa Ana de los Ríos de Cuenca, contrayendo disentería, muriendo presa de su enfermedad en Cartagena de Indias. Sus últimas palabras fueron:

—Decid a mis hijos que excaven en las tierras de la vieja Pumapungo, pues allí, bajo las ruinas, se encuentra la ciudad grandiosa de Artemisio el Bello.

Capítulo 7

Crítica

(Inserte aquí

Burda introducción

Para tratar inútilmente de

Acaparar la atención del lector).

Mi nombre es “Hermenegildo Jiménez”, claramente un pseudónimo, pues no quiero que multitudes escandalosas averigüen la dirección de mi domicilio, con la intención de hacerme preguntas absurdas acerca de lo que voy a relatar aquí.

Hace ya tiempo que veo circulando, y en boca de la gente, una serie de relatos, todos aborrecibles. A veces tratan de ser jocosos, en ocasiones dramáticos, e incluso, en el colmo de su absurdez, tratan de tocar (con muy poco éxito, ya se los digo), el tema del existencialismo. Me refiero pues, a los cuentos sobre el mundo escondido, difundidos por un tal “Cuentacuentos”.

Sé que dicho autor no tiene más que una parte de la culpa, pues lo único que ha hecho es recopilar de distintas fuentes una serie de historias embellecidas, camufladas, de la realidad, que a continuación les voy a hablar.

La verdadera fuente de la desinformación, surge pues, de la mano de hierro opresora que domina el susodicho mundo escondido, que de escondido tiene poco, aunque no voy a ahondar en dicho tema, pues hay una serie de irregularidades de la lógica y la razón que fácilmente podrían aplastar mis conjeturas antes de pronunciar una palabra. Así pues, dicho esto, no me queda más que exponer los hechos de este engaño garrafal, dejando al lector que, bajo su crítica, juzgue lo que yo he visto y oído con mis propios oídos y ojos.

Jueves cinco de Julio de 1998, ciudad de “tachón ilegible”. 06h30 pm. Salgo de mi empleo ubicado en la calle “gran rayón”, el sol se oculta entre los edificios y me dispongo a ir por mi auto. Como buen ciudadano de clase media, con esposa y dos hijos que mantener, enciendo el auto y voy por pan para el desayuno del día siguiente. Manejo con responsabilidad, la

velocidad adecuada. (explico todo esto pues el lector podría creer que lo que voy a narrar es el resultado de una tarde de alcohol o quien sabe que otras aberraciones propias de vagos. Repito, ¡llevaba la cabeza despejada!).

Me detengo en la panadería, hago mis compras y enciendo un cigarrillo (para relajarme nada más, después de un arduo día de trabajo. Por cierto, era tabaco, común y corriente con la clásica nicotina, nada más). Me encuentro de pie, junto a mi auto, el cigarro en la mano izquierda, pues soy zurdo, y la funda en la derecha. Me faltaban un par de bocanadas para terminar y poder dirigirme a mi hogar, pues ojo, yo nunca he fumado delante de mis hijos.

En eso, estando yo desprevenido, una figura lánguida y de pies veloces me arrebata la funda de golpe y sale corriendo en dirección a un descampado. Era una funda de pan nada más, bien pude procurarme otra, pero en los tiempos que estamos, y con la crisis ocasionada por nuestros presidentes corruptos, me ganaron las iras y salí corriendo, mientras hacía la bulla en el barrio.

—¡Ladrón! ¡Agarren a ese ladrón!

Corrí lo más rápido que pude, a pesar de que mis años de fumador habían restado mi físico, y supongo que aquel pobre delincuente no había probado bocado en días, por lo cual estaba débil. Logré agarrarlo en la boca de un mediano tubo de deshechos, junto al río. Le arranché la funda de las manos, a lo cual el individuo no opuso resistencia, sus ojos voraces miraban la funda, deseando aún el contenido.

Como estaba furioso, levanté el puño, a ver si así le enseñaba a ganarse el pan con trabajo, pero levantó indefenso y débil las manos, en señal de rendición, y con una voz débil me suplicó.

—¡Piedad! ¡No me mate por amor al cielo!

No pude castigar al miserable, pues soy ser humano y me ganó la lástima. Lo miré detenidamente, un cuerpo flaco y huesudo, sucio. Le destape la capucha que llevaba, para ver si era joven o viejo, pues su voz no me decía nada. Cuesta decirlo, pero su cara tampoco, toda demacrada, la nariz puntiaguda, al igual que las orejas. Las comisuras de su boca babeaban espuma amarilla y sus ojos pequeños estallaban de lagañas. No pude evitar dar un par de pasos hacia atrás, horrorizado.

Fue entonces que aquel esperpento aprovechó para arrancharme la bolsa nuevamente, metiéndose por el tubo ya mencionado. La cólera me llevó a meterme en el hediondo desagüe, pues ahora quería retorcerle el pescuezo al desgraciado. Saqué la fosforera de mi bolsillo y me di algo de luz, incomodo como estaba, alcanzaba a diferenciar los flacuchos cuartos

traseros del ladrón en la obscuridad. Esta vez se encontraba en ventaja, pues estaba anoréxico el desgraciado, y yo, pues, robusto.

Lo perseguí con tanto ahínco, que, me temo, no sabría decir que fue lo que pasó. Nada más sentí una fuerza potentísima que me absorbió por el tubo. Me golpeé la cabeza y los brazos y la espalda. Hasta que caí sentado, en medio de un descampado. El ladrón y mi bolsa de pan; no estaban.

Ni corto ni perezoso, comencé a caminar, hediondo, sucio y mareado (ojo, no es una confesión de alcoholismo, sino por los golpes y las vueltas). Además, como casi olvido escribir, todo estaba obscuro. A tientas avanzaba yo por el irregular terreno, tratando en vano de ubicarme en un lugar tan grande, pues mi fosforera se había perdido, Dios sabrá dónde.

Caí presa del cansancio y el hastío, luego de varias horas de incesante búsqueda de luz urbana. Jamás di con ella.

Me despertó una luz molesta, abrí los ojos, casi olvidando mi precaria situación, encontrándome de cara con unas cinco figuras de horrorosas facciones, peludas y ojos insulsos, cual bestias salvajes, que con voces que yo llegué a entender, hablaban en una especie de variante del español, que yo, sin duda, conocía muy bien, aunque jamás hubiese escuchado tal lenguaje o acento.

—Cuida que no te muerda, Lepanto —habló una de las figuras—. Podría no estar vacunado.

—Está bien, no hay de qué preocuparse —dijo el que llamaban Lepanto—. Sin duda trató de escapar. ¿Es que no se dan cuenta de que es por su bien?

—¿Y bueno? —habló una tercera voz—. Yo lo veo medio muerto. ¿Qué hacemos?

—Llevémoslo pues, con el “Parco Señor”.

—No, el solo se encarga de los que están en verdad muertos.

—Deberíamos saber de dónde ha escapado primero.

Una de las figuras me miró a los ojos. Traté de levantarme y huir, pues ya había tenido suficiente, pero, me di cuenta muy a mi pesar, que me habían atado.

—¿De dónde vienes, oh desdichada criatura?

—¿Yo? —contesté ante la ofensa de aquel esperpento de bigotes largos y nariz húmeda—. Cuidado con tus palabras, que los salvajes aquí son ustedes.

Un murmullo de admiración se disgregó por entre los que me miraban.

—Habla casi a la perfección —dijo uno.

—¿Salvajes? Lepanto, nos ha llamado salvajes.

—Tranquilos, tranquilos, señores, no entren en pánico —los calmó ese Lepanto, que sin duda era el líder—. Por el olor, juzgo que el hábitat natural de este desdichado ejemplar es en algún banco estercolero. Su piel debe estar pereciendo al no tener su materia vital embadurnándolo, así es que, deberíamos ayudarlo a llegar, como gentes civilizadas que somos, no podemos dejar a un ser sin raciocinio aquí desvalido.

Los colegas de Lepanto lo aplaudieron, maravillados ante las sandeces que acababa de pronunciar.

—¡No me toquen! —protesté—. Basta con esta broma de mal gusto. Venir a decir que los civilizados son ustedes, me parece una total falta de respeto, después de que su amigo… —entonces recordé al malviviente que me había arrebatado el pan—. ¿Dónde está el?

Los individuos me miraron, asustados. Pensé entonces que me soltarían, sin embargo, preocupados se miraron, y a pesar de mis insistencias, armaron una pequeña discusión.

—Está más mal de lo que creí.

—Acabemos entonces con su sufrimiento. Pobrecillo, es tan feo además.

—Debemos llevar este caso con los nobles señores —fue lo que dijo Lepanto—. Jamás he visto a una especie estercolera tan grande. Podría ser un nuevo descubrimiento —un murmullo emocionado me hastió los oídos. Aquellos seres extraños maquinaban algo que no me convenía.

—Nos pondrían en los libros naturalistas —saltó uno de los sujetos, muy emocionado.

—Lo llamaremos: el *Lepantorum Estercolensis* —vaticinó el tal Lepanto.

—¡Me niego! —repuso otro—. ¿Qué te da el derecho de nombrarlo?

—Soy el líder del escuadrón. Y yo lo vi primero.

—A este paso se nos morirá, señores. Pues ya ha dejado de gemir.

Los miserables trataron de levantarme, pero yo les exigí que me soltasen.

—No queda más —habló el tal Lepanto—. Habrá que suministrarle un calmante.

—Yo lo haré —lo último que vi fue un pie, aterrizando derecho en mi rostro.

Horas después, a mi juicio, desperté nuevamente. El grupo de esperpentos hallábase conversando. El panorama había cambiado. Me encontraba sobre un suelo de materia esponjada y suave, y todo a mi alrededor brillaba, níveo, blanco.

—Pienso que es un troll. Mira lo sucio que está.

—No, es muy pequeño para ser uno.

—¿No será algún vástago que no consumió suficiente proteína?

—A mi parecer, lo que tenemos en frente, es un gnomo con sobrepeso.

—¿Y las orejas puntiagudas?

—¿Qué opinas tú, Lepanto? —el líder habíase sentado. Ahora, con la nítida luz, pude ver con horror, que se trataba de un conejillo de indias, que en mi tierra lo llamamos cuy, y así lo nombraré. De tamaño desproporcionado, con botas de cuero y un traje al estilo del cazador de elefantes de las colonias africanas, con todo y el ridículo sombrero—. ¿Aún piensas que es una especie nueva?

—No me concierne dictaminar eso, por ello estamos aquí —podía ver en todos aquellos animales, poseídos por almas parlantes, hablaban acentos pues el demonio que los habitaba utilizaba las cuerdas vocales, haciendo salir su voz humana entremezclada con los sonidos característicos del animal poseído—. Es por eso que estamos aquí. Espero que el señor llegue pronto.

—Mientras más tardamos, mas está cercano a la muerte este pobre desgraciado. Su piel se ha secado, y se agrieta.

—Yo sostengo que es una especie de troll. Su nariz descomunal y porosa lo confirma.

—¿No creen que sea un “perdido”?

—No, hombre, ellos se han civilizado mucho en los últimos tiempos. Y no hay datos históricos de que se revuelquen en los deshechos.

—¡Sueltenme! —volví a insistir entonces.

—¡Miren, ha despertado! ¿Llegará a entendernos?

El cuy, imbuido por la voluntad maligna del demonio que llevaba dentro, se dirigió a mí, y habló, cual insulsa bestia, imitando la voz humana.

—Saludos —dijo despacio y vocalizando—. Yo, Lepanto, jefe de los guardabosques.

—Le estás hablando aún muy complejo, reduce tus palabras —le susurró uno de sus compañeros.

—Tú —habló el cuy—. ¿Quién ser?

—Se dice “¿Qué ser?”

—¿Qué ser? —se corrigió el cuy.

—¡No me hables así, demonio, y aléjate del alma de esa pobre bestia! —quise invocar al bien, pero, atado como estaba, no podía hacer la señal de la cruz. Y como no era domingo, no llevaba conmigo el rosario. Además, al no ser sacerdote, no sabía cómo exorcizar a esa manada de bestias posesas. Luego me daría cuenta de que inútil habría resultado.

—Es inútil, es un ser que solo sabe repetir palabras, no tiene ninguna clase de razonamiento.

Hice silencio, no fuese a ser que, si abría la boca, un demonio poseyera mi alma, volviéndome como esos animalejos. Traté de serenarme y rezar a Dios, preguntándole porque precisamente a mí me había reservado tamaña desdicha. Pero no pude concentrarme, pues, cual escena del apocalipsis, un enorme gusano descendió del cielo, volando sin alas, y sobre el bajóse una figura blanca. Me entusiasmé en vano, creyendo por un segundo que el Señor se apiadó de mi situación e hizo descender un ángel. Sin embargo, se trataba del más poderoso de aquellos demonios. Un perro blanco, con el alma negra, pues vi en sus ojos la maldad del inicuo. Al acercarse, como soy yo un alma pulcra, se asustó de mi cercanía al bien de Dios.

—¿De dónde lo han sacado? —preguntó el demoníaco perro.

—Sir Raso, es un honor tratar con usted —habló humilde el demonio menor que poseía al Cuy—. Lo hemos encontrado en las tierras oscuras. Hemos venido a consultarle como tratar con… —lo dudó un instante, y me llamó vilmente—. Aquel ser.

El perro demoníaco, un señor de los demonios, pues le daban el título de "Sir". Me escudriñó como si nunca hubiese visto alma tan pura, y debió sentir repulsión. Pues, según me enteré, él era quien comandaba aquel plano infernal donde las almas malignas poseían los cuerpos de los seres de Dios.

—Creo, muy a mi pesar, que se trata de alguna aberración de… ya saben… aquel lugar —Sir Raso, el señor de los demonios no quería nombrar lo que pensaba, pero sus subordinados lo comprendieron—. El lugar ha estado bajo menguante vigilancia en estas épocas, pues creí que habíamos conseguido adaptar a sus complejos habitantes.

—¿Y de que raza cree que venga este individuo? —insistió el cuy denominado Lepanto.

—No sabría decirlo a ciencia cierta —el perro se acercó a mi rostro, y aulló al verme. En vedad le dolía la fuerza de mi espíritu inquebrantable—. Que peste… —susurró—. Por esa descomunal nariz me atrevo a decir que es el vástago de un ogro.

—El cielo nos libre —habló uno de los demonios—. A buena hora lo hallamos dormido, o podría habernos comido.

—¿Comido? —me ofendí—. En todo el mundo los hubieran comido. Sobre todo a ti —amenace al cuy, que por muy cara bestial que tuviese, se notaba al espectro maligno que lo poseía. Me miró asustado—. Te ensarto en un palo y a la brasa te cocino, desollado y sabroso.

Supongo que el demonio no conocía lo que les hacían a los cuyes, así que retrocedió.

—Sir Raso —dijo con pánico al señor demonio—. ¿Qué hacemos con él, lo sacrificamos? Es muy peligroso, está peor que sus compañeros.

—¿De qué hablan? —me quejé, harto ya de que se me menospreciase—. Soy un hombre civilizado, y ustedes quieren volverme loco para llevarse mi alma. ¡Basta, en nombre de Dios!

Tan poderosa era la influencia del perro demoníaco, que evitó que sus subordinados se inmutasen.

—Redoblaremos la guardia —anunció entonces—. Y devolveremos a esta pobre criatura a su sitio. Pues se nota que hace mucho escapó, y se nota

que es mucho más inteligente que sus parientes. Pues algo entiende del lenguaje y cree que puede hacerse pasar por ciudadano civilizado.

—Sí señor.

Quise protestar nuevamente, pero un golpe me silenció por muchas horas más, a mi entender.

Nuevamente desperté, confuso. En varias ocasiones, en aquel lugar, se habían violado mis derechos humanos, como ciudadano. Aunque debo suponer que no importaba, pues había caído bajo la oscura influencia de un lugar habitado por demonios, lejos de toda gracia de Dios. Antes, solía ser sumamente distante con lo que era la religión, siempre dándole a mi mente la dosis adecuada de sentido común y dejando mi catolicismo en un segundo plano, y no me siento cómodo diciendo esto, pues, me encuentro escribiendo una carta de protesta, así que, vuelvo al tema. Es cierto, a lo que quería llegar; tal acontecimiento, me regresó a la religión, pues nada de lo que vi era científicamente comprobable. Dios existe, lo recalco, así como los seres demoníacos que conspiran en contra de su santa voluntad.

Regreso entonces a mis peripecias. Me condujeron a una tierra brumosa, donde una luz pálida alumbraba las neblinas enceguecedoras. Había un enorme muro de piedra que cercaba dicho lugar, y me arrojaron ahí dentro.

Aquí, estimados lectores, comienza realmente la crítica a este falso creador de historias, que utiliza una temática tan oscura, sin conocer realmente lo que esconde el mundo escondido. Me habían arrojado a lo que se podría llamar un campo de concentración.

Me dediqué a caminar, siempre guiando mi camino para no apartarme del enorme muro que marcaba mi irremediable cautiverio. Así me mantuve por unas horas. Fue cuando escuché el sonido de golpes, secos mazazos contra algo sólido. Intrigado, me dirigí hacia donde el sonido se originaba. Por culpa de la densa neblina, estuve a punto de estamparme contra una figura, que, cual alma en pena golpeaba su cabeza repetidas veces contra el infranqueable muro. Sus facciones eran humanoides, aunque no logré determinar etnia alguna. Se detuvo al momento en que se percató de mi presencia.

—Saludos, hermano —dijo con una rasposa voz chirriante, estaba increíblemente flaco.

—¿Es usted un hombre en sus cabales? —pregunté con pocas esperanzas.

—¿Soy? —me contestó la voz, claramente intrigada.

—¿Puede usted decirme en dónde me encuentro? —insistí.

—Estar, en tierras de bruma —la figura aspiró el aire, y olfateó mis ropas—. ¿Tu que ser? —preguntó—. No oler a un hermano.

—¿Un hermano? ¿A qué se refiere, señor?

—Tú —el extraño se aferró débilmente a mis hombros. Podía sentir su piel delgada sobre sus huesos—. Tu hablar como altos señores.

—¿Sois almas de Dios? —pregunte.

—¿Qué ser Dios? —preguntó. Estaba claro que el pobre hallábase perdido—. ¿Tu ser Dios?

La simple pregunta me alarmó. ¿Desde cuándo estaban así aquellos seres? Lejos de toda conciencia divina. Podía apreciar sus ojos, de una tonalidad gris, apagados, no reflejaban el intelecto humano, viéndose más como una bestia domesticada a base de hambre y palos.

—¿Qué haces ahí? —pregunté entonces, guardándome las preguntas complejas para otro momento.

—Yo, cavar… escapar —pareció recordar su mísero propósito, y los golpes continuaron, haciendo temblar mi conciencia.

Agarré a aquel miserable por un brazo y lo conduje conmigo.

—¿Dónde vives? —pregunté.

—Yo… —se hizo esperar—. Yo vivir… alguna parte.

Decepcionado totalmente, lo llevé conmigo. En nuestro largo recorrido, traté de hablarle de Dios, de su palabra, de Jesús Cristo, de los papas, de la iglesia. Algunas cosas pareció entenderlas, bueno, al menos asintió con la cabeza. Algunas otras, pues, preferí no haber dicho nada, pues era casi como hablar con una paloma, un pez, o, que más da, con una piedra.

Agobiantes se me hacían los kilómetros, pero, algo sucedía en la cabeza de aquel ser, que, si bien de primera mano, no me di cuenta, luego me percaté. Creo que llevaba rodeando la muralla varios días, y llegue a darme cuenta de que la habíamos rodeado varias veces, y siempre que pasábamos por un punto específico, el pobre desgraciado parecía ponerse algo más lúcido. Me surgió entonces una idea, muy propia de mi

inteligencia dormida.

Dimos una vuelta más, y yo iba haciéndole preguntas, hasta darme cuenta de que respondía, más o menos, con algo de lucidez. Entonces, giramos nuestro rumbo noventa grados, y nos encaminamos hacia el interior del lugar, a tientas, yo y mi acompañante, pues, como un perro, me seguía despreocupado.

—Ir en mal camino —me dijo de repente—. Estar desviando, Dios.

—¡No soy Dios, te lo he dicho cientos de veces! —me escandalicé, y a la vez me asombré, pues, aunque con un vocabulario casi nulo, habíase pronunciado con soltura

—Dios, ir en mal camino —insistió—. Aldea ser hacia allá.

Estiró su brazo flacucho, señalando una dirección en diagonal. ¿Cómo era posible que se ubicase en semejante ceguera? Adicionalmente, me sentía el más inverosímil de los blasfemos, al no conseguir que el pobre diablo me diese un nombre diferente. ¿Y cómo culparlo?, pues, se notaba que no conocían otra deidad que la de las miserias.

Opté por dejar que guiase mi camino.

Al acercarnos al punto que con tanta insistencia señalaba, su aletargamiento y parte de su estupidez fueron borrándose, aunque jamás hizo correcto uso del lenguaje. Entre la niebla, divisamos una luz crepitante. ¡Una hoguera! Esperaba encontrar a seres civilizados en aquel lugar, sin embargo, la fortuna aún me daba la espalda.

—¡Hermanos! —se presentó mi guía al amplio conjunto de figuras. Había hombres bajísimos y menudos, junto a otros de proporciones descomunales, pero ninguno poseía una figura antropomórfica—. ¡He vuelto!

—¡Grum! —contestó la bruta voz de uno de los sujetos, el más grande de todos—. ¿A dónde estabas, Grum?

—Mi vagar, no recordar bien —el sujeto se abrazó con sus camaradas, que lo recibieron, bueno, de manera agradable, aunque nadie parecía contento, y no los culpo, el lugar era sumamente deprimente—. Mi encontrar hermano perdido —Grum me señaló—. Ser uno de nosotros, pero, haber estado con los brillantes.

Dicho comentario me extrañó.

—Brillantes ocultar a fangosos —corrigió uno—. Brillantes decir; por nuestro bien —la gigantesca figura me dedicó una mirada, al menos, sus

cuencas sombrías lo denotaban—. ¿Cómo llamar, hermano?

—Mi nombre es…

—Dios —interrumpio Grum—. Llamarse Dios, y hablar como brillante, vestir como brillante, aunque notarse claro; ser fangoso.

—Verlo ahora —contestó una pequeña figura con una voz salida de una radio defectuosa—. Hablar como brillante. Tener rostro de fangoso, y oler como tal.

—¿De qué clan ser Dios? —preguntó el gigantón.

—No soy un fangoso, como me dicen ustedes, buenas gentes —hablé, y todos parecieron asombrarse—. Soy una persona libre. Es más, todos lo somos. No tenemos ningún derecho de estar aquí, sufriendo penalidades.

—Hablar como brillante ¿Ser esclavo? —preguntó Grum—. Aquí fangosos ser libres, bajo amparo de bruma. No preocupar.

—Pero miren como hablan —traté de hacerlos reflexionar—. ¡Bajo muros somos prisioneros de esos demonios con cuerpos de bestias! No hay libertad en ello.

—Tu ser sabio, Dios —contestó el enorme individuo—. ¿Qué hacer tú? ¿Qué querer?

—¿Qué quiero yo, señores? —me planté en el centro de la fogata—. ¡Llamar a todos los que se hacen llamar fangosos y juntos marchar hacia los muros opresores, y derrumbarlos!

La multitud congregada se puso nerviosa, a su ridícula manera. Niños en cuerpos de hombres, eso es lo que eran.

—Pero, brillantes prohibir salir —me cuestionó Grum—. Dios, ¿creer que es sensato?

—Es preciso, no sensato. Pues peligrosa es la prole del inicuo, y sé que hay muchos allá afuera —saqué mi mejor discurso. Jamás pronuncié palabras tan nobles—. ¡Y dejen de llamarse a ustedes mismo fangosos, pues son hombres! Abandonados por el sendero de la luz, ¡pero seres humanos al fin y al cabo!

—¿Pelear contra brillantes?

—¡Y ser los nuevos brillantes!

—¿Poder hacer eso?

Mis receptores aún estaban inseguros, así que procuré decir algo más.

—¿Por qué limitarse a vivir aquí, bajo la bruma? Hay vastas tierras allí afuera. ¡Salgamos, mirémoslas, y todos serán casi tan sabios como yo!

Las figuras se congregaron junto a la fogata, y con gorjeos comenzaron a dialogar en una lengua que no comprendí. Parecían debatir sobre si seguirme o no.

—Pensamos que sabio eres —me dijo el gigantón—. Iremos con Dios, a librarnos de los amables brillantes.

—Está bien. Sin embargo, te recuerdo, amigo mío que esos no son brillantes, como les dicen, sino demonios, seres malignos.

—Extraño es, pues brillantes decirnos malignos a nosotros —Grum se rascó la cabeza.

—Eso es para tener una razón de encerrarnos a todos aquí.

—Bien, entonces, convocar a todas tribus y marchar —la enorme figura profirió un sonoro bramido, inhumano, a decir verdad, me heló la sangre. Aunque después, pensándolo bien, ¿Cómo no iba a parecérmelo si esa pobre gente no sabía lo que era ser civilizado?

Más pronto que tarde, me vi rodeado por millares de sombras entre la neblina. Todos hablaban con todos, comunicándose la misión. Una vez puestos al tanto, marchamos hacia la puerta, sin dificultad, pues eran ubicados y sabían bien donde estaba.

Desgraciadamente, descubrí muy tarde su tamaña debilidad, en cuanto dimos con las murallas. De un primer golpe contra ellas, volviéronse todos brutos, al igual que Grum cuando lo encontré. Las murallas no cederían, no si cada uno se dedicaba a golpearlas penosamente y sin organización bélica.

Tomé otra opción, claramente conmovido por la triste situación. Debía encontrar otra forma de liberarlos. En mi mundo, iría a abogar por ellos ante las autoridades que me eran conocidas, y salvaría a aquellos pobres inocentes, personas capturadas y caídas en la locura.

Trepé a lomos de un hombretón y logré aferrarme de una saliente en el muro. Trepé y de un salto, me lancé hacia afuera.

—¡Tranquilidad, amigos míos! —les grité—. ¡Volveré pronto!

—Ayudar a Dios —escuché un lejano murmullo.

—Me volteé —junto a mí, se encontraba una figura que me costó reconocer. Era idéntica a las demás, con una sola diferencia. De sus manos colgaba una bolsa de pan.

—¡Tu! —le hablé, furioso. Más enseguida callé, el truhan que me robó, era precisamente un pobre presidiario más. Con una excepción. El contacto con los muros no lo embrutecía—. ¿Cómo saliste?

—Yo siempre salir —respondió al ver que mi semblante se apaciguaba—. ¿Tu ser Dios? —preguntó—. ¿Ese mismo Dios, del que hablan los que viven junto a ti? ¿Es que todos son Dios, y se nombran unos a otros?

—Dios es algo mucho más allá de tu comprensión —contesté—. Limítate a saber que yo, soy su única esperanza.

—¿Tu darnos la libertad, lo juras? —me preguntó.

—Así es, mi amigo. Yo seré su mesías —claramente, no comprendió mi referencia.

—Ve pues entonces, Dios —me tendió la funda de pan—. Robarte no debí, confundirte con un “perdido”

—Quédatela, cómela tranquilo, pues no debí tratarte mal antes —lo que sí, me atreví a preguntarle—. Pero, a cambio dime; ¿Cómo es que eres más inteligente que tus hermanos?

—Un señor brillante caído en desgracia, ayuda me dio —habló el truhán—. Uno al que no se distingue la facción, como a nosotros.

—Veré que aboguen por ese demonio, si acaso eso es posible —le dije.

—Cuando seamos libres, ¿podremos salir entonces a comer carne?

—Toda la carne que quieran —recordé entonces un pequeño problema—. ¿Sabes cómo salir de aquí?

—Sígueme, Dios.

Caminamos por largo tiempo, como siempre. Me sentía joven ahora, vigoroso y lleno de dedicación. Los caminos perdieron la niebla, y se hicieron visibles ahora las facciones demacradas del pobre muchacho,

pues su voz era un tanto adolescente.

Me llevó al yermo obscuro, donde anteriormente hube caído, y sin avisar, me empujó. Siendo yo absorbido por aquella fuerza que me arrebató de mi realidad. Me encontré en un lugar pestilente, y avancé a gatas hacia una pálida luz. Salí, escuchando con alegría el bramar del río, crecido por las lluvias. Me dirigí a buscar mi auto, pero no estaba, encontré camino a mi hogar varios papeles que me daban por desaparecido. Llegué al fin a mi hogar, y comí tras largos días de hambruna.

Debo admitir que nadie me creyó. Más tarde descubriría las falacias escritas por usted, vanagloriando al mundo escondido como más virtuoso que la ínfula Atlantis. Traté por todos los medios hacer justicia por aquellas criaturas, pero sólo conseguí que me diesen por loco. Mi esposa se divorció de mí, no me permiten ver a mis hijos, y me han ingresado en un psiquiátrico.

Solo usted, señor autor, puede probar al mundo que digo la verdad. ¡Deje de publicar sus cuentitos inspiradores basándose en una comunidad opresiva de demonios! ¡Evite encubrir a aquellos monstruos, pues son personas a las que encierran! ¡Pido justicia! ¡Y es usted tan malévolo por tratarlos de seres bondadosos, ocultando lo que realmente son! ¡literatura basura, así califico su obra!

Sin más que añadir, concluyo mi relato. Espero haber llegado a alguien, pues me encuentro solo, y nadie me ha apoyado. ¿Quién sabe cuánto más resistirán los prisioneros del mundo escondido?

Meses después, el autonombrado Hermenegildo Jiménez. Dios, para los fangosos, recibió una nota, elegantemente escrita que rezaba lo siguiente.

"Estimado, señor. Reciba usted un cordial saludo desde la directiva general del mundo escondido, remitida desde el poblado de Witeclowd Village. Quien le escribe, Sir Raso.

Primeramente, le remito esta misiva, para pedirle mis más entrañables disculpas, pues ha sido un enorme fallo mío el que usted hubiese ido a parar en el cubil de los infames fangosos, (conocidos en vuestras latitudes como Trolls, trasgos, gnomos, duendes, etc.). Cortos de inteligencia, claro está, sin embargo, fuertes y brutos como ningún otro. Sepa, señor, que me alegro de que se encuentre bien, pues, la razón de encerrar a aquellos pequeños monstruillos bajo muros, es pues, como entenderá, para beneficio de vuestro mundo. Pues si andasen sueltos, se repetirían las tragedias del medioevo (que nuestro amigo el señor Cuentacuentos, no se ha dado el trabajo de relatar, espero lo haga pronto). Pues todos los

fangosos tienen un exquisito gusto por la carne humana. Por otro lado, celebro que usted tuviese ese olor fétido y su nariz descomunal, que lo ayudaron a pasar desapercibido entre ellos. Doy gracias a la providencia que usted haya salido ileso, y reitero todo el peso de la culpa sobre mi persona, con la satisfacción de que no pasó esto a mayores. Pido por favor deje en paz a nuestro amigo el Cuentacuentos, apelando a su ley de libre expresión, pues si bien, no somos tan buenos y perfectos, todos tenemos nuestros "pecadillos", como dirían en su tierra.

Sin nada más que añadir, me despido afectuosamente

Con amor y buenos deseos

Sir Raso.

(Firma enorme y ornamentada).